

COLECCIÓN PRIMEROS PASOS



# Hacer historia desde Abajo y desde el Sur

Alfonso Torres Carrillo



Ediciones  
**desde abajo**

COLECCIÓN PRIMEROS PASOS



Director de la colección

Marco Raúl Mejía

*Para  
Ambientar, metodológico,  
un aporte comprometido  
desde el presente,  
con el presente,  
Arriaga*



**PLANETA PAZ**

Ediciones

**desde abajo**

**Hacer historia  
desde Abajo y desde el Sur**  
Alfonso Torres Carrillo

Mayo 2014

Ediciones desde abajo  
[www.desdeabajo.info](http://www.desdeabajo.info)

ISBN: 978-958-8454-93-1

Diseño y diagramación: Difundir Ltda.  
Transv. 22A N°53D-42, int.102, telf.: 345 18 08  
Bogotá, D.C. - Colombia

Fotografía: Fabio Mejía Botero

El conocimiento es un bien de la humanidad. Todos los seres humanos deben acceder al saber, cultivarlo es responsabilidad de todos.

Se permite la copia, de uno o más artículos completos de esta obra o del conjunto de la edición, en cualquier formato, mecánico o digital, siempre y cuando no se modifique el contenido de los textos, se respete su autoría y esta nota se mantenga.

# **Hacer historia desde Abajo y desde el Sur**

Alfonso Torres Carrillo

## Índice

Introducción .....	7
I. ¿Cuál historia?	
1. Historia-materia, historia conocimiento e historia memoria .....	11
2. La historia: un conocimiento singular .....	18
II. La construcción de la historia como ciencia	
1. Auge y crisis del historicismo erudito .....	25
2. La Escuela francesa de los Annales y la Nueva Historia .....	32
3. Del fin de la historia a su revitalización .....	40
III. Historiográfica marxista	
1. La concepción materialista de la historia .....	47
2. Del reduccionismo a la recreación del marxismo .....	52
3. La historiografía marxista inglesa .....	58
4. El marxismo en la historiografía latinoamericana .....	62

IV. Emergencia de una "historia desde abajo"	
1. La historia como discurso hegemónico.....	67
2. La historia "desde abajo" europea.....	72
3. Los Estudios subalternos de la India.....	80
4. "Historias desde abajo" latinoamericanas ....	84
5. Diversos modos de hacer historia popular....	88
V. Construcción colectiva de historias populares	
1. De la historia popular a la (re)construcción colectiva de la historia.....	93
2. Convergencias en la configuración de la recuperación colectiva de la historia.....	98
3. Los sentidos que animan las prácticas de RCH .....	107
VI. Metodología de la reconstrucción colectiva de historias populares	
1. Criterios metodológicos de la RCH .....	113
2. Proceso de una recuperación colectiva de la historia.....	118
Bibliografía citada y para seguir leyendo.....	135

## Introducción

¿Por qué un libro que habla de hacer una historia desde Abajo y desde el Sur?, ¿Acaso podemos nosotros, las personas comunes y corrientes, hacer historia?, ¿Acaso la historia no es una sola? ¿Qué significa eso de "una historia desde Abajo y desde el Sur"? ¿Para qué sirve ese tipo de historia? ¿Cuál sería la metodología para hacer tal historia? Estos y otros interrogantes pueden surgir en quien toma este libro en sus manos, cuyo propósito es precisamente introducir al público general en el campo del conocimiento histórico, es decir, en el oficio de los historiadores; a la vez, mostrar que, así como la historia humana es hecha por todos, también ésta puede ser escrita por todos y en particular por quienes han sido excluidos de las historias oficiales.

En efecto, "hacer historia" nos remite a la triple significación de la palabra "historia", que designa a la vez al devenir de los colectivos humanos en el tiempo y los saberes y visiones que generan los propios colectivos sobre su pasado (memoria social), y los conocimientos estructurados de quienes se dedican profesionalmen-

te a ello, los historiadores. Por tanto, “hacer la historia” implica no solo reconocer que los hechos humanos son una construcción permanente y abierta, hecha por todos los hombres y las mujeres, sino también que en la escritura de tal experiencia humana —la *historiografía*— pueden participar tanto los profesionales que se especializan en ello como otras personas y colectivos no especializados del común.

Cuando decimos “desde Abajo” y “desde el Sur”, estamos haciendo referencia a que, frente a una historiografía principalmente hecha por especialistas desde la perspectiva de los poderes políticos, sociales y culturales dominantes, también han venido emergiendo “otras historias”. Por un lado, historias “sobre los de abajo”, elaboradas por historiadores solidarios con sus luchas, desde el interés de visibilizar su lugar y su voz en la historia; por el otro, historias “desde abajo”, hechas por sujetos subalternos de la sociedad para construir sus propias lecturas del pasado como una forma de lucha contra las diversas formas de dominación a las que han sido sometidos.

Así, “Abajo” y “Sur” son expresiones espaciales y asimismo políticas, acuñadas desde variados

lugares (literarios, investigativos, conceptuales) y luchas que develan opresiones y exclusiones que están presentes en otros ámbitos de la vida social. En tal contexto, el propósito de este libro es contribuir a la comprensión de la historia como conocimiento y su configuración como disciplina científica y memoria del poder, de la emergencia y devenir de diferentes concepciones y prácticas historiográficas que se ha reivindicado como críticas y alternativas al modo de producción de conocimiento hegemónico, algunas de ellas hechas “desde el revés de la historia”, comprometidas con las luchas y aspiraciones de los oprimidos, colonizados y “condenados de la tierra”.

Para dar cuenta de su propósito, el libro se estructura en seis capítulos. En el primero presentamos las conceptualizaciones básicas acerca de la historia como conocimientos; en el segundo sintetizamos la configuración de la historia como ciencia social; en el tercero nos ocupamos de la concepción marxista de la historia y de la práctica de los historiadores marxistas; en el cuarto capítulo reseñamos la emergencia y el devenir de las historiografías populares; en el quinto presentamos la propuesta metodoló-

gica de re-construcción colectiva de la historia; y en el sexto y último capítulo exponemos los criterios, las decisiones y los procesos propios de esta metodología, así como algunas técnicas de activación de memoria.

## I. ¿Cuál historia?

Como lo señala Ginzburg (2012: 17), la palabra “historia”, derivada del griego *ιστορία* (equivalente a «investigación»), así haya sido traducida a muchas lenguas, ha permanecido igual a lo largo de veinticinco siglos, así sus significados hayan cambiado. Luego de haber sido usada por botánicos, zoólogos y anticuarios para denominar sus estudios (la llamada “historia natural”), el vocablo terminó siendo referido casi exclusivamente a la acción humana colectiva.

### 1. Historia-materia, historia conocimiento e historia memoria

Como lo señalamos al comienzo, en nuestro idioma el término “historia” tiene la singularidad semántica de designar a la vez los hechos humanos en su devenir temporal y el conocimiento de esos hechos. Cuando decimos que “la historia de Colombia ha sido muy violenta”, estamos dándole el primer sentido; y cuando expresamos que “no se ha hecho una historia de los juegos de azar en Colombia”, el segundo.

Pero la ambigüedad no termina ahí. En cada uno de los dos sentidos también hay significados varios. En el primero —la historia como devenir de las sociedades en el tiempo—, cuando se usa sin adjetivos, se asume como el conjunto de hechos humanos; por ejemplo, cuando decimos “A través de la historia, la tecnología ha venido mejorando”. Cuando se le pone un adjetivo, se delimita su alcance, como en las siguientes expresiones: “historia latinoamericana”, “historia colonial” e “historia política”. En todo caso, este reconocimiento de la existencia de una realidad histórica, independientemente de que sea o no objeto de investigación por parte de los historiadores, es denominado como historia-materia (Vilar, 1980); como lo veremos luego, de tal *historicidad* no es ajeno el propio quehacer de los historiadores.

En el segundo sentido, la historia como conocimiento de los hechos pasados, también coexisten tres significados diferentes pero relacionados entre sí. Uno, el de historia como *conocimiento histórico*, en particular, como la disciplina científica que practican los historiadores; por ejemplo, cuando decimos que “sin fuentes no se puede hacer historia”. Dos, el de histo-

ria, como los resultados acumulados del conocimiento histórico o conjunto de estudios y publicaciones sobre un período o campo determinados, como cuando decimos: “La historia de la vida cotidiana está por hacerse en Colombia”. Este segundo significado de la historia-conocimiento también se conoce como “historiografía”, entendida además como el estudio sobre el conjunto de investigaciones sobre un tema o período histórico.

Como si no fuera suficiente, la palabra “historia” también se suele utilizar para referirse al conjunto de saberes, representaciones y visiones del pasado que tiene la gente común y corriente; es decir, la memoria colectiva. Ese sentido de la palabra “historia” es el que aparece en afirmaciones como: “La historia me absolverá”, autodefensa de Fidel Castro luego del frustrado asalto al Cuartel Moncada, ya que, pese a que su acción fue castigada por las élites en el poder, a la larga quedaría en la memoria popular como positiva.

Este reconocimiento del despliegue de sentidos de la palabra “historia” no es un simple ejercicio semántico sino una aclaración necesaria



que resultará útil para reconocer y analizar el contenido que las diferentes concepciones y corrientes historiográficas les dan a la historia-materia, la historia-conocimiento y la historia como memoria.

Desde cuando la historia se constituyó como disciplina de conocimiento en el siglo XVIII, podemos reconocer tres grandes enfoques historiográficos que también podemos asumir como “modelos históricos”, en cada uno de los cuales los diferentes sentidos de la historia se articulan de modo singular. Estas son: la historia tradicional (predominó en el siglo XIX), la Nueva Historia o historiografía científica (predominó en el siglo XX), y la historia popular o historia desde abajo (a contracorriente desde el siglo XIX hasta hoy).

En primer lugar, la llamada “historia tradicional” o “vieja historia”, la historia-materia, se reduce al mundo de los acontecimientos políticos, diplomáticos y militares que son protagonizados por grandes personalidades de las élites (príncipes, héroes, caudillos, gobernantes). Para este modelo, el trabajo del historiador consiste en la narración fidedigna de tales aconte-

cimientos a partir de la consulta de los documentos escritos conservados en los archivos. La frase de Leopoldo Von Ranke (1795-1886) “Los hechos hablan por sí mismos” expresaba su desconfianza con la teoría y el supuesto de neutralidad de los historiadores. Sin embargo, esta historia busca moldear la memoria colectiva en torno a los valores occidentales, y exaltar la identidad nacional y la obediencia al Estado a través de la enseñanza de las historias universal y patria, de las fiestas y monumentos públicos (por ello, también se le conoce como “historia de bronce”).

La Nueva Historia emerge como reacción a la historia tradicional y se consolida desde la tercera década del siglo XX, en torno a la Escuela de los *Annales* en Francia, la influencia del marxismo y el estructuralismo, y el diálogo con las ciencias sociales. Para este modelo, la historia-materia es la dinámica de las sociedades humanas, en particular los hechos estructurales y masivos que expresan las regularidades y permanencias de las estructuras sociales y económicas. Entiende el conocimiento histórico como la reconstrucción y explicación científica de tales hechos, empleando un amplio abani-

co de fuentes (estadísticas, prensa, objetos). Su afán por legitimarse como ciencia social ha hecho que se privilegie el uso de referentes teóricos y metodologías sistemáticas; a la vez, ha heredado la pretensión objetivista y la supuesta neutralidad política de la investigación histórica.

Por ello, a pesar de representar una ampliación del objeto, de la teoría y la metodología de la historia, esta Nueva Historia no ha representado un cambio significativo en relación con la memoria colectiva. Como gremio, ha vivido un acelerado proceso de institucionalización; los resultados de sus productos transitan en los restringidos círculos de especialistas, y su divulgación entre la gente común se limita a algunas publicaciones de referencia y a su tímida presencia en los textos escolares.

Finalmente, la historia "desde Abajo", cuya emergencia ha tenido lugar en diferentes momentos y escenarios políticos (ver capítulo 3), que si bien es cierto no constituye una unidad homogénea, sí comparte algunas posiciones con respecto a las dimensiones históricas que estamos tratando. Así, la historia-materia es vista

en sentido amplio como el devenir de las sociedades en su conjunto; centra la atención en las relaciones conflictivas que las atraviesan, en particular aquellas que evidencian asimetrías y formas de opresión (colonial, de clase, de género, raza, generacional), y en las diferentes dinámicas y estrategias de resistencia, acción colectiva y generación de alternativas a tales relaciones de opresión.

En consecuencia, desde la historia popular, el pasado no está solo para ser relatado o explicado; también para ser cuestionado en función de las opciones de transformación social, agenciado por las actuales luchas políticas, sociales y culturales; por ello, en su conocimiento, parte de reconocer las preguntas que se hacen los actores subalternos en el presente; y los involucra en su reconstrucción a partir de un uso amplio de fuentes, en particular las provenientes de los sectores subalternos de la sociedad (tradicción y fuentes orales, visuales y materiales, prácticas culturales, archivos de sus organizaciones y movimientos).

Con lo expresado, queda claro que en esta perspectiva el historiador se compromete con los pro-

yectos y las luchas de los sectores subalternos, y socializa y reelabora su saber metodológico con el fin de potenciarlos como sujetos de conocimiento y poder. Por ello, su intención de fortalecer las memorias colectivas populares es central, en la medida en que aporta a la ampliación de su capacidad de leer el devenir social, de comprender mejor su presente y fortalecer su capacidad de acción hacia horizontes liberadores.

## 2. La historia: un conocimiento singular

El hecho de tener como objeto el pasado colectivo, una realidad 'ausente' del peso que puede tener el presente en la indagación de ese pasado, de pretender ser reconocido como valioso para el presente y como actividad científica, ha implicado que el conocimiento histórico haya sido centro de crítica por parte de otros campos de conocimiento y de reflexión por parte de sus cultores, sea cual fuere su perspectiva historiográfica. A continuación, retomamos algunas de estas polémicas referidas a la historia como práctica social y a sus múltiples interacciones con el presente de los historiadores, a la singularidad de los hechos históricos, a la objetividad y los alcances del conocimiento histórico.

La frase de Edward Carr: "Estudia al historiador antes de ponerte a estudiar los hechos", nos pone de presente el carácter situado de la práctica histórica y la incidencia que tiene tal posición en lo que produce. En términos de Michel de Certeau (1993: 35), la historia "implica un movimiento que enlaza una práctica interpretativa a una práctica social". No se puede comprender lo que dice, independientemente de la práctica de donde procede. La historia forma parte de la realidad de la que trata, y esta realidad puede ser captada como actividad humana, como práctica social (1993: 68).

Toda producción historiográfica se enlaza con un lugar de producción socioeconómica, política y cultural; toda interpretación histórica depende de un sistema de referencia histórico y cultural del que no siempre se hace conciencia y que, sin embargo, condiciona de algún modo la mirada que los investigadores se hacen del pasado; ello se evidencia, como lo veremos luego, en que la expansión y la emergencia de nuevas problemáticas de interés histórico están siempre asociadas a las demandas de conocimiento que plantean las problemáticas presentes, tales como el creciente intervencionismo del Estado

a comienzos del siglo XX, la mundialización capitalista en las postrimerías de la misma centuria y la irrupción de diversos movimientos sociales en los dos últimos siglos.

La historia es también una institución propia de las ciencias modernas, que antes que todo fueron gremios y asambleas de eruditos. Las instituciones son las condiciones del lenguaje científico que organiza las ideas. Al igual que otras labores científicas, la investigación histórica se apoya cada vez más en equipos y medios financieros, y por tanto en los privilegios que ello implica; está organizada como profesión y se instala en un círculo de la escritura (se apoya en lo ya escrito, se orienta a los lectores especializados).

Las academias y departamentos de historia, los centros de investigación, los congresos y publicaciones especializadas “poseen la doble función de crear condiciones materiales para realizar la investigación y definir las prácticas científicas que fijan los requisitos de la disciplina” (Florescano, 1985: 125). Talo “episteme institucional” condiciona el campo de posibilidad de lo que puede ser investigado, quiénes

pueden hacerlo y de qué modo; “aunque estas instituciones se declaran como templos de la libertad, la imparcialidad y la objetividad, por su composición social, administración, gobierno y formas de reclutamiento, de hecho favorecen unas corrientes, admiten unas temáticas y excluyen otras” (Torres, 1993: 42).

De Certeau nos recuerda que la historia moderna de Occidente nace con la separación entre pasado y presente. La historiografía distancia en primer lugar su propio presente de un pasado (1993: 17). Esto no pasa en otras culturas como, por ejemplo, en la India o entre los pueblos ancestrales de los Andes: la marcha del tiempo no tiene necesidad de afirmarse, distanciándose del pasado, sino que coexiste con él y es reabsorbido permanentemente por el presente; los antepasados acompañan siempre las luchas actuales.

Fundada la historia “en el rompimiento entre un pasado, que es su objeto, y un presente, que es el lugar de su práctica, la historia no deja de encontrar el presente en su objeto y el pasado en sus prácticas” (De Certeau, 199: 52). La actualidad es el punto de partida de la historia.

Ya lo decía Febvre: "El pasado es una reconstrucción de las sociedades y de los seres humanos de antaño, hecha por hombres y para hombres comprometidos en la complicada red de las relaciones humanas de hoy en día" (1948: 25).

El reconocimiento de la historicidad y el carácter intersubjetivo de la historia nos remiten al recurrente cuestionamiento sobre su imposible objetividad. Para Topolsky (1986: 257), esto tiene que ver con cuatro factores: la posición social del historiador, los valores sociales que influyen sobre él, el conocimiento previo y teórico que posee el historiador, y, por último, su personalidad. Para el autor, tales condicionamientos no impiden un conocimiento de los hechos históricos; por el contrario, estos determinan en buena medida lo que en cada época se consideran criterios de verdad del conocimiento. En el conocimiento previo, el historiador está presente a lo largo del proceso de investigación; su formación teórica y metodológica, en lugar de ser un obstáculo, es una garantía de rigor de su trabajo y de calidad de sus operaciones e interpretaciones: le permite construir con mayor criterio su problema de conocimiento, seleccionar y utilizar las fuentes más pertinentes, y analizar la información que

proporcionan, así como interpretar y sintetizar los hechos investigados.

Finalmente, el historiador Thompson (1981) plantea a continuación una serie de proposiciones acerca de la "lógica del conocimiento histórico", que compartimos y recreamos con nuestro aporte y el de otros pensadores:

- Su objeto inmediato son hechos que tienen una existencia real pero que solo son cognoscibles por vía de la investigación histórica. Los hechos no "hablan por sí mismos" sino que responden a las preguntas del historiador; en palabras de De Certeau (1993: 13), "la historiografía (es decir, historia y escritura) lleva inscrita en su nombre propio la paradoja de la relación de dos términos antinómicos: lo real y el discurso. Su trabajo es unirlos y, en las partes en que esa unión no puede ni pensarse, hacer como si los uniera".
- En buena medida, la práctica histórica consiste en un diálogo abierto entre preguntas, referentes conceptuales y posibilidades de respuesta que ofrecen las fuentes disponibles. Es diálogo porque ninguna de las partes subordina a la otra: el instrumento interrogativo y

las respuestas dadas por las fuentes se condicionan mutuamente. En cada época, los historiadores pueden plantearse nuevas preguntas ante los datos históricos, pero esto no significa que los acontecimientos pasados cambien con cada interrogador.

- La historia es también escritura; sus resultados expresan un texto que organiza unidades de sentido y lleva a cabo transformaciones cuyas reglas se pueden determinar. La condición de un discurso histórico parece definirse por una combinación de significaciones únicamente articuladas y presentadas en términos de hechos. Retomando a Barthes, el historiador da la impresión de contar hechos cuando en realidad enuncia sentidos (De Certeau, 1993:58).
- El conocimiento histórico es provisional e incompleto, y, por tanto, verdadero y discutible dentro del campo en el cual se produce. El tribunal de apelación sobre posibilidad, veracidad y científicidad del conocimiento histórico está en el campo de la disciplina y no en un lugar aparte, como la lógica formal o la filosofía de la ciencia.

## **II. La construcción de la historia como ciencia**

Entre los siglos XIX y XX, la historia como conocimiento vive un cambio notable: de género literario cultivado por cronistas y letrados pasó a ser una disciplina científica, llevada a cabo por investigadores profesionales. Esta transformación tuvo como contexto el nacimiento de la ciencia moderna y de otras ciencias sociales, así como la consolidación del capitalismo y los Estados nacionales. La comprensión del carácter 'científico' de la historia y de la manera de practicarse tampoco estuvo exenta de debates. En este capítulo nos ocuparemos de sintetizar los rasgos más destacados del proceso.

### **1. Auge y crisis del historicismo erudito**

Si bien es cierto que hubo notables antecedentes de hacer de la historia algo más que la narración de acontecimientos 'importantes', el poder<sup>1</sup>, has-

---

<sup>1</sup> Tal vez el más significativo es el del pensador árabe Ibn Jaldun, quien el siglo XIV planteó que "la historia tiene por objeto verdadero hacernos comprender el estado social del hombre y los fenómenos que se relacionan con él: la vida salvaje, la suavización de las costumbres, el espíritu y de tribu, los diversos géneros de

ta el siglo XIX no se consolida un esfuerzo colectivo por convertir la historia en una disciplina científica; en este empeño, los historiadores decimonónicos también cuestionaron las filosofías de la historia que buscaban hallar el sentido de los cambios históricos acudiendo a fuerzas exteriores a los mismos, tales como la providencia, la libertad o el Espíritu trascendental.

En su afán de convertir a la historia en una ciencia similar a las naturales, capaz de producir "conocimiento fidedigno de los hechos", los historiadores alemanes del siglo XIX, en particular Leopoldo von Ranke, buscaron darle un rigor erudito a la investigación histórica, en particular a la utilización crítica de sus fuentes. Como paradigma de pensamiento, el historicismo alemán consideraba que los fenómenos históricos eran singulares, y que, por tanto, debían ser comprendidos desde los criterios de su propio tiempo y no desde leyes generales o principios abstractos.

En su lucha contra la especulación filosófica, Ranke consideraba que "el carácter científico

---

dominación de unos pueblos sobre otros, la distinción de clases, las ocupaciones de los hombres como las profesiones lucrativas, los oficios, las ciencias y las artes" (Jaldun, 1997).

de la historia reside en la imparcial inmersión en las fuentes, en la reconstrucción de las intenciones de los actores y del curso de los acontecimientos, y en la percepción intuitiva de un contexto histórico más amplio" (Casanova, 1991: 12). Sus seguidores se esforzaron en construir una metodología centrada en la crítica a las fuentes; por un lado, la crítica externa, para determinar la procedencia y autenticidad de las mismas; por otro, la crítica interna, que espera encontrar el sentido del contenido de los documentos y reconocer su veracidad interna. Estos historiadores también consideraban que la manera más adecuada de transmitir los resultados de sus indagaciones era la narración lineal de acontecimientos.

El interés del historicismo alemán por comprender los hechos individuales derivó en la creencia de que la historia era la mera reconstrucción de hechos; el creer que para ello bastaba encontrar y abordar adecuadamente las fuentes condujo a un rechazo de la teoría; el considerar que la historia solo podía ser comprendida a través del comportamiento guiado por ideas conscientes dejó por fuera muchos aspectos del pasado, como "las masas, las clases

sociales, la cultura popular no tenían interés histórico" (Casanova, 1991: 15).

Los rasgos predominantes de esta forma de hacer la historia que se extendió durante el siglo XIX y comienzos del XX al resto de los países de Europa, a través del mundo universitario, pueden ser sintetizados así: "Una historia centrada en el relato de los acontecimientos políticos, diplomáticos y militares, que formuló métodos individuales-hermenéuticos como específicos de la historia y que puso resistencia a las generalizaciones y las abstracciones de las ciencias sociales, así como a la intromisión de dimensiones económicas o sociales en la comprensión de los hechos históricos. Una historia, en definitiva, política, al servicio de los poderes legitimados, que rechazaba la teoría y que tenía a la narrativa como hilo conductor" (Casanova, 1991:15).

Desde comienzos del siglo XX, esta concepción historiográfica empezó a ser cuestionada desde las nacientes ciencias sociales, portadoras de una nueva manera de entender lo científico. Por un lado, la economía y la sociología planteaban que su carácter científico radicaba en no centrarse en los hechos particulares sino en las

tendencias y dinámicas sociales generales, que pudieran abstraerse y expresarse en modelos, leyes y teorías universales; por su parte, la antropología hace una ruptura con el evolucionismo y empieza a considerar las sociedades como sistemas sociales, concebidos como conjuntos de relaciones y funciones interdependientes.

Este interés por los aspectos más amplios de la vida social y el afán por explicarlos a partir de teorías universales estaban asociados a los cambios de las sociedades europeas, que venían sufriendo profundas transformaciones desde fines del siglo XIX. Procesos como la consolidación del capitalismo industrial, el crecimiento urbano y la irrupción de la clase obrera como actor social; la magnitud y las consecuencias de la Primera Guerra Mundial, la Revolución Soviética, la depresión económica subsiguiente y la crisis del Estado liberal plantearon nuevos desafíos a las clases gobernantes; el miedo a las masas trabajadoras cada vez más inconformes, la necesidad de contener eventuales revoluciones y de regular la economía capitalista desde una creciente intervención estatal exigía un conocimiento más sistemático de lo social, con capacidad de pre-



dicción y del cual pudieran derivarse políticas y estrategias de control social. De una historiografía dedicada a narrar acontecimientos políticos y diplomáticos, protagonizados por las élites, no se podía esperar mucho.

Esta insatisfacción con las limitaciones de la historiografía positivista para comprender y enfrentar las nuevas problemáticas de los Estados de comienzos del siglo se expresó, por una parte, en el renacimiento de relatos, similares a las cuestionadas filosofías de la historia; por otra, en el surgimiento de iniciativas encaminadas a incorporar elementos provenientes de las otras ciencias sociales al quehacer historiográfico.

En el primer caso, obras como *La idea de la historia*, de Robin Collingwood; *La decadencia de Occidente*, de Spengler (1918), y *Estudio de la historia*, de Toynbee (1934-1961), pretenden mostrar grandes tendencias de la historia humana a partir de cuestionables comparaciones y especulaciones. En el segundo, autores como Jean Jaurès y su *Historia socialista de la revolución francesa* (1901), François Simiand y su conferencia *Método histórico y ciencia social*

(1903, y Henry Berr a través de la *Revista de síntesis histórica* (1900) empezaron a incorporar en sus estudios algunas teorías y metodologías provenientes de otras ciencias sociales, como la economía y la sociología.

La concepción tradicional de la historia se expresó en América Latina especialmente a través de las academias nacionales de historia, que se crean a comienzos del siglo XX, en el contexto de interés histórico, motivado por el centenario de la independencia, con el propósito de consolidar la versión oficial de las historias nacionales mediante el estudio cuidadoso de diferentes acontecimientos significativos en la construcción de los Estados. También desde las academias de historia se buscó exaltar el sentido patriótico a través de la enseñanza escolar; en tal sentido, incidieron en la elaboración de los planes curriculares y en la elaboración de los textos de historia patria. En Colombia es paradigmático el *Compendio de historia de Colombia*, elaborado por los académicos Henao y Arrubla en 1910, que se convirtió en el modelo de los textos escolares durante buena parte del siglo XX.

## 2. La Escuela francesa de los *Annales* y la Nueva Historia

La creación en 1929 de la revista *Annales d'histoire économique et social* por parte de los historiadores franceses Marc Bloch y Lucien Febvre representa el comienzo de una profunda renovación del conocimiento histórico; a partir de una dura crítica al trío formado por la historia política, la historia narrativa y la historia acontecimental, sentaron las bases para la construcción de la investigación histórica como ciencia social.

Reconociendo el legado de historiadores franceses como Berr, Pirenne y Labrousse, se planteó la necesidad de una historia cuyo objeto fuera la dinámica social en el tiempo. Dice Febvre: "La historia es el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diferentes creaciones de los hombres de otros tiempos, capturados en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas de otras" (Febvre, 1978: 22).

Si la historia es considerada una ciencia en la que los hechos no hablan por sí mismos sino

que hay que hacerlos hablar desde preguntas y marcos interpretativos, los historiadores deben partir de problemas y no pueden prescindir de teorías que permitan explicarlos. Estas provenirían de otras disciplinas, como la economía, la demografía, la sociología y la antropología, o pudiera ser construida por los historiadores a partir del análisis de las sociedades en el tiempo. Este ensanchamiento del campo de interés de la historia supone también una ampliación de las fuentes: junto a los documentos institucionales o provenientes de grandes personajes privilegiados por la cuestionada historia política, se incorporan las fuentes estadísticas, las masas documentales que proveen información cuantificable (fuentes seriales) y las fuentes materiales (territorios, edificios, utensilios).

Bloch murió en 1944, fusilado en un campo de concentración bajo la ocupación nazi, donde escribió su famoso libro *Introducción a la historia*. Terminada la Segunda Guerra, Febvre reemprende la publicación de la revista y en 1947 se instala en VI sección de la *École Pratique des Hautes Études*, creada por la Fundación Rockefeller. "Los hombres de los *Annales* hallarán acá su territorio natural de enseñanza y pro-

yección" (Fontana, 2002: 33), iniciándose así un paulatino proceso de institucionalización.

Luego de la muerte de Febvre en 1956, la dirección de la Revista y de la escuela pasan a manos de Fernand Braudel, quien una década antes había culminado su tesis doctoral *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, en la cual plantea por primera vez su teoría sobre las múltiples temporalidades históricas (larga, media y corta duración). En la dirección de *Annales*, Braudel reiteró el carácter totalizante de la historia y el diálogo con otras disciplinas sociales, insistiendo en que estas deben incorporar la perspectiva histórica. En debate con el antropólogo Claude Lévi-Strauss, Braudel afinó su concepto de Larga duración, posibilitando que los historiadores hicieran análisis sincrónicos del lento devenir de las estructuras sociales.

Durante su período, su más brillante discípulo, Emmanuel Le Roy Ladurie, realizó su tesis doctoral sobre la historia de *Los campesinos de Languedoc* (1966). Allí pone en práctica buena parte de los planteamientos metodológicos impulsados por su maestro: "historia total", enfo-

que multidisciplinario, escala temporal de larga duración, interés por la geografía regional y uso de fuentes seriales (Burke, 1996: 64). Por discrepancias internas, deja la dirección de la Escuela en 1968, estableciéndose una coordinación colectiva que sería reconocida como la "tercera generación" de los *Annales*. A diferencia de las fases anteriores, no es evidente un proyecto intelectual compartido, en la medida en que se presenta una dispersión temática: la historia social y económica fue siendo desplazada por el estudio de las mentalidades y los imaginarios; algunos retornan a la historia política, al estudio de acontecimientos, a la biografía de personajes y asimismo a la narración; y surgen temas como la mujer, la infancia, los jóvenes y el cuerpo.

Esta generación de los *Annales* ha sido más abierta a las influencias externas, tanto disciplinares (en particular de la antropología) como internacionales (en especial de la historiografía norteamericana). Algunos le cuestionan su permeabilidad a "modas intelectuales" como los giros 'lingüístico' y 'antropológico'; otros, que haya abandonado los estudios de la base económica para dedicarse a lo cultural; y otros más señalan a algunos de sus exponentes como conservado-

res, por centrar la atención en la Edad Media, y privilegiar las continuidades y la larga duración frente a los cambios y las rupturas históricas.

La influencia de la antropología simbólica y su preocupación por lo cultural es evidente en historiadores como Le Goff (1988), Duby (2000) y Jean Delumeau (1989). Otros historiadores franceses como Ariès (1984 y 1987), De Certeau (1999 y 2004), Chartier (1993 y 1996) y Nora (1984, 1987 y 1992), aunque no pertenecieron a la escuela de los *Annales*, comparten su interés por temáticas de índole cultural como la infancia; y las representaciones sobre la muerte, el amor, el cuerpo, el miedo, lo cotidiano, la religión, la lectura, el imaginario y la memoria colectiva.

A esta generación también pertenecen los historiadores marxistas Pierre Vilar y Michel Vovelle. El primero, además de sus estudios sobre Cataluña, aportó a la construcción conceptual de la "historia total", en una perspectiva que articula la dinámica estructural con los acontecimientos en el que actúan los colectivos sociales y los individuos (Vilar, 1986). El segundo estudió y re-conceptualizó las mentalidades en

diálogo con categorías provenientes del materialismo como ideología y conciencia (Vovelle, 1982).

Con la muerte de Braudel en 1985 se cierra también el ciclo de los *Annales* como innovadora corriente historiográfica. A diferencia de los fundadores de la revista, a quienes les tocó asumir una actitud combativa frente a lo establecido, a las generaciones posteriores al 68 les correspondió administrar una institución aprestigiada en el mundo académico internacional, estrechamente vinculada con el gobierno francés y una gran presencia en los medios masivos de comunicación.

Reconocida como la corriente historiográfica de mayor influencia, junto con el marxismo, en el siglo XX, a modo de balance, sintetizo a continuación las principales aportaciones y limitaciones de la escuela de los *Annales* a la construcción de la disciplina histórica (Torres, 1993: 105):

1. Interés por darle un estatuto científico a la historia, en diálogo con otras ciencias sociales; ello ha sido más fructífero con

la geografía, la demografía, la sociología y la antropología, de las cuales incorpora conceptos y técnicas de investigación. La escuela de los *Annales* incidió también en las demás ciencias sociales, que pasaron a considerarla como disciplina científica y en muchos casos a incorporar la perspectiva histórica en sus investigaciones.

2. Ampliación del campo de conocimiento de la historia —las sociedades humanas en el tiempo— en una perspectiva de síntesis histórica. Esta pretensión de una “historia total” se vio limitada por la ausencia de una concepción teórica de carácter global de la sociedad, desde la cual lograr una reconstrucción articulada de las diferentes dimensiones de la vida social.
3. Valoración de la importancia de la teoría en la interpretación histórica. Sin embargo, la debilidad conceptual de la escuela llevó a que sus integrantes privilegiaran la importación de categorías provenientes de otras ciencias sociales; esa limitación también se expresa en la ausencia de debate epistemológico.
4. Ampliación de la concepción del tiempo histórico, al reconocer tres ritmos de temporalidad: lo acontecimental (corta duración),

lo coyuntural (media duración) y lo estructural (larga duración). Algunos de sus exponentes, influidos por el estructuralismo, han enfatizado en el ritmo de larga duración, descuidando el estudio de las rupturas, los cambios y las emergencias sociales.

5. Preocupación por la dimensión espacial del análisis histórico, más acá y más allá de la escala nacional: por un lado, vindicando la necesidad de estudios regionales; por el otro, reconociendo vastos escenarios supranacionales como la cuenca del Mediterráneo y el océano Atlántico. El desprecio por el tiempo corto tiene su correlato en el descuido por las escalas micros y las historias locales.
6. Ampliación del concepto y uso de fuentes. Frente a la exclusividad de los documentos escritos, producidos por las élites, se reconoció que todo dato u objeto que dé cuenta del pasado puede ser reconocido como fuente. La posibilidad de cuantificar los datos discretos, presentes en diferentes fuentes, permitió la construcción de series temporales.
7. Institucionalización de la Revista dentro de la Escuela de Altos Estudios de París, lo mismo que un creciente compromiso

de sus integrantes con el *statu quo*, que se han expresado en su conservadurismo. La mayor parte de su producción está centrada en períodos previos a la Revolución Francesa, descuidando la historia contemporánea; en algunos autores se evidencia cierta nostalgia por el mundo medieval y en casi todos los casos un distanciamiento frente al marxismo.

8. Su influencia en la renovación de la historiografía mundial. A partir de Braudel, la escuela se conoce en Europa, Estados Unidos y América Latina. La formación de historiadores profesionales en la perspectiva de esta Nueva Historia francesa contribuyó a superar la hegemonía de la historia académica positivista. En América Latina, algunos historiadores que estudiaron en la escuela de Altos Estudios o se formaron con las lecturas de los integrantes de los *Annales* renovaron la producción historiográfica en las décadas de los 60 y los 70 del siglo XX.

### 3. Del fin de la historia a su revitalización

En el contexto de la crisis del socialismo soviético, el politólogo de origen japonés Francis

Fukuyama proclamó en 1989 el “fin de la historia” en un artículo del mismo nombre, que luego tres años sería incorporado en el libro *El fin de la historia y el último hombre*. En el mismo tono de otras consignas como “el fin de las utopías” y “el fin de las ideologías”, este autor planteaba que, con la derrota del comunismo, la humanidad había llegado a una fase insuperable, con base en la democracia liberal y la economía de libre mercado.

Una década antes, el filósofo Jean-François Lyotard había publicado el libro *La condición posmoderna*. Un informe sobre el saber ponía en evidencia la crisis de las grandes certezas del proyecto moderno, y en particular de la ciencia y “las grandes narrativas” de la historia humana, como el estructural-funcionalismo y el marxismo. Frente a estas miradas ‘totalitarias’, el filósofo celebraba la proliferación de pequeñas narrativas que compiten entre ellas sin pretensión alguna, de comprensión global de la historia. En buena medida, este planteamiento estaba dando cuenta del fraccionamiento que se presentaba en la historiografía europea, al que nos referimos previamente.

A esta crítica al pensamiento histórico moderno y al ‘desmigajamiento’ de la historiografía se sumó el cuestionamiento al estatuto epistemológico de la historia, proveniente de diversos flancos y que actualizaba viejos debates sobre la imposibilidad del conocimiento veraz del pasado, sobre las tenues fronteras entre ficción e historia, que llevó a que se planteara que esta no era más que un relato literario (Veyne, 1971; White, 1974; Ricoeur, 1987). Tal ambiente de crítica e incertidumbre condujo a que en las postrimerías del siglo XX se llegara a hablar de la “crisis de la historia” (Ortega, 2007).

Muy al contrario de este oscuro panorama, considero que la historia no ha llegado a su fin: ni como devenir ni como conocimiento y mucho menos como memoria colectiva. En cuanto a la ideología del “fin de la dinámica historia humana”, entendida como triunfo definitivo del capitalismo, los hechos recientes evidencian que las tensiones generadas por el propio capitalista mundializado han posibilitado la emergencia de viejas y nuevas luchas, así como proyectos sociales y políticos alternativos que están renovando el devenir histórico contemporáneo.

En cuanto a la historia como conocimiento, pese al anuncio de su muerte por parte de algunos autores posmodernos, esta continúa desarrollándose como campo intelectual, lo que se evidencia en la pluralidad creciente de temas y formas de hacer historia como tal. Al igual que ocurre en cualquier campo intelectual, está atravesado por tensiones propias de la existencia de variados enfoques y corrientes conceptuales y metodológicas, así como por los cuestionamientos provenientes de otros campos intelectuales. En la última generación, el universo de los historiadores se ha expandido a un ritmo vertiginoso. La historia nacional compete con la historia mundial y la local; hay muchos campos nuevos, sostenidos a menudo por revistas especializadas; la historia social, por ejemplo, se independizó de la económica para terminar fragmentándose, como algunas nuevas naciones, en demografía histórica, historia del trabajo, historia urbana, historia rural, et-cétera. (Burke, 2003: 11).

En las últimas décadas también han cobrado mayor fuerza o han emergido “nuevas formas de hacer historia” (Burke, 1994), tales como la nueva historia política, la historia del tiempo

presente, la historia ambiental, la historia de la cultura material, la historia del consumo y de las mercancías, la historia de las mujeres y de los jóvenes, la microhistoria y la historia oral, la historia cultural y la historia de los imaginarios. Salvo el peligro que representa —al igual que en otras ciencias sociales— la superespecialización y el declive de las miradas de conjunto, esta pluralización de temas puede asimismo expresar una ampliación del espectro de movimientos sociales, interesados en reivindicar sus luchas y problemáticas en el pasado.

Esta expansión del interés por la historia se expresa igualmente en el aumento de la demanda y la oferta de conocimiento histórico, evidente en el aumento del número de programas de formación de historiadores (en el nivel de pregrado y de posgrado) y del volumen de publicaciones sobre diversos temas del pasado, así como en la proliferación de encuentros, seminarios y congresos de historiadores.

En cuanto a la historia como memoria, entendida como el cúmulo de representaciones de su pasado que los colectivos construyen para alimentar sus sentidos de vida individual y colectiva,

nunca como hoy es tan evidente la preocupación por conjurar las vicisitudes del presente acudiendo al pasado común. En efecto, la percepción y la conciencia de la aceleración del tiempo histórico, propio de la vida actual (Augé 2000), llevan a los hombres y mujeres contemporáneos a ver como cosa del pasado los acontecimientos que marcaron las décadas inmediatamente anteriores (los 60, los 70, los 80 e incluso los 90 “pasaron a la historia”); de igual modo, genera la ansiedad de conferirle algún sentido a ese dinamismo, del cual muchos no se sienten ajenos.

Aquello se expresa tanto en la demanda de saber sobre el pasado (resuelta por vía de la literatura histórica y testimonial, el cine, las series televisivas y las páginas de internet) como en el actual afán por revisar el pasado personal y colectivo, y por reconstruir las historias compartidas de nivel institucional, local y regional; esto se hace evidente en iniciativas como los concursos de historia barrial y de testimonios orales. Superadas situaciones adversas como dictaduras y guerras, se activa la lucha contra el olvido y la reivindicación del duelo: es el caso de las campañas por el Nunca Más en Argentina y Colombia.



### III. Historiográfica marxista

#### 1. La concepción materialista de la historia

Carlos Marx no fue ni pretendió ser historiador; por el contrario, cuestionó la historiografía de su época. Sin embargo, desde su crítica a la filosofía hegeliana de la historia, su interés por darles bases científicas al socialismo y a su crítica al capitalismo, así como sus estudios de algunas coyunturas históricas de su época, le permitieron sentar los fundamentos de lo que llamó "concepción materialista de la historia". La recepción de sus planteamientos políticos y teóricos permitió conformar una corriente de pensamiento e investigación que influyó en la conformación de una corriente historiográfica marxista.

Su interés por comprender y explicar los cambios históricos lo llevó a criticar las filosofías de la historia que los atribuían a factores y fuerzas exteriores a la sociedad. Ya en *La sagrada familia* (1844-1845), Marx y Engels afirmaban que "toda concepción histórica, hasta ahora, ha

hecho caso omiso de la base real de la historia; o la ha considerado simplemente como algo accesorio que nada tiene que ver con el desarrollo histórico. Por ello, esa concepción solo acierta en ver en la historia acciones políticas de los caudillos y del Estado, las luchas religiosas y las luchas teóricas en general” (Marx y Engels, 1970: 257).

Frente a estas concepciones idealistas de la historia, Marx se propuso construir una teoría científica de la misma, que permitiera comprender las transformaciones que se estaban generando en Europa por obra de las revoluciones industriales y políticas de su época. Si bien es cierto que Marx no hizo una elaboración sistemática del conjunto de su pensamiento histórico, a través de sus obras podemos reconocer algunos rasgos que inciden de una manera u otra en la configuración de una historiografía marxista.

Un primer rasgo de su concepción histórica es que todos los hechos sociales están inmersos en el conjunto de dinámicas de la sociedad en la que se producen. Un hecho histórico solo puede ser comprendido en el contexto siempre cambiante de sus articulaciones y tensiones con el

conjunto social. En su *Prefacio a la crítica de la economía política* (1859), lo expresa así: “Mis investigaciones dieron este resultado: que las relaciones jurídicas, así como las formas del Estado no pueden explicarse ni por sí mismas ni por la pretendida evolución del espíritu humano” (Marx, 1968: 71). Este criterio metodológico se corresponde con su concepción de sociedad como síntesis de múltiples determinaciones; es decir, como una “totalidad concreta” estructurada y dialéctica, como conjunto social en permanente cambio y en movimiento.

Una segunda característica fue la relevancia que le dio a los aspectos y procesos “materiales” de la vida social; en reacción al idealismo filosófico predominante, Marx planteó que el punto de partida de todo análisis social era la comprensión de las formas como los colectivos sociales crean y recrean sus condiciones materiales de existencia: “Es el modo de producción de la vida material lo que determina el carácter general de los procesos de la vida social, política y espiritual. No es la conciencia del hombre lo que determina su ser sino, al contrario, su ser social lo que determina su conciencia” (Marx, 1968: 71).

En tercer lugar, el solo análisis estructural de la vida social no permite comprender sus transformaciones si no involucra a los sujetos históricos; por ello, Marx afirmó que son los hombres quienes hacen la historia: “La historia no hace nada; no posee inmensas riquezas ni libra combates. Son los hombres reales los que hacen, poseen y luchan. La historia no utiliza a los hombres para lograr sus propios fines. La historia no es más que la actividad de los hombres para la consecución de sus objetivos” (Marx y Engels, 1970: 265).

Esta reivindicación de los seres humanos como hacedores de la historia no lo lleva a una concepción voluntarista del cambio social, porque sus prácticas están condicionadas por las circunstancias en las que actúan, a la vez que estas han sido generadas y se transforman por la acción humana: “Los hombres hacen la historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado” (Marx, 1981: 9). Esta unidad dialéctica entre el carácter estructurador y estructurante de las prácticas sociales, en-

tre procesos objetivos y dinámicas subjetivas, las sintetizó Marx en sus *Tesis sobre Feuerbach* (1844): “La coincidencia entre la modificación de las circunstancias y la práctica humana solo puede concebirse y comprenderse relacionamente como una práctica revolucionaria”.

En cuarto lugar, un aporte fundamental de Marx en la comprensión del dinamismo social fue su concepto de “lucha de clases”, que no solo expresa el protagonismo de los colectivos sociales en el devenir histórico sino que también se constituye en su clave explicativa. Su perspectiva para abordar las clases sociales es histórica y dialéctica: en torno a los conflictos sociales que surgen por contradicciones de las estructuras sociales, se van conformando los colectivos sociales que los protagonizan; por ello, el sentido del movimiento de la sociedad no está predeterminado sino que existe en función de la lucha permanente entre las clases sociales.

Este planteamiento está lejos del determinismo evolucionista que algunos marxistas inventaron bajo la idea de la sucesión lineal de los modos de producción; el propio Marx lo advirtió en 1876: “Quieren transformar mi explicación de los orí-

genes del capitalismo en Europa occidental en una teoría histórico-filosófica de un movimiento universal necesariamente impuesto a todos los pueblos, cualquiera que sea la circunstancia en la que se encuentren... Pero debo protestar por eso. Me hacen un gran honor pero a la vez me desacreditan" (Marx y Engels, 1970: 489).

Un quinto aporte de Marx a la construcción de una historiografía crítica es la articulación de su producción teórica y la investigación social con su práctica revolucionaria. Marx se hizo socialista antes y no después de haber concebido su teoría materialista de la historia. Esta unidad entre ciencia crítica y transformación social no siempre ha sido asumida por los académicos que se autodefinen como marxistas; al entender el marxismo como "filosofía de la praxis", la unidad entre teoría crítica y práctica emancipadora es una exigencia desde la historia popular.

## **2. Del reduccionismo a la recreación del marxismo**

Pese al carácter crítico y abierto de sus ideas y asimismo a que Marx advirtió repetidas veces sobre los peligros de la dogmatización de

sus ideas, luego de su muerte en 1983, cuando su influencia empezó a crecer dentro del movimiento obrero y socialista, algunos de sus seguidores convirtieron el marxismo en una doctrina ortodoxa. El triunfo de la revolución socialista soviética, en octubre de 1917, planteó el desafío de difundir las ideas marxistas a las masas de trabajadores de la naciente Unión Soviética y asimismo a las de otros países que querían imitarlos.

Así nacieron manuales como *La teoría del materialismo histórico*, de Bujarin, que iniciaron un proceso de simplificación y dogmatización del marxismo, y desnaturalizaron su impronta crítica y su potencial investigativo. En la Unión Soviética, así como entre los partidos comunistas bajo su influencia, el marxismo leninismo se utilizó como ideología de legitimación de las políticas oficiales, al cual debía plegarse la actividad académica; de hecho, José Stalin había decidido en octubre de 1931 que "el trabajo de los historiadores se debía acomodar en todo momento a las directrices del partido" (Fontana, 2002: 62).

En el campo de las nacientes ciencias sociales, las ideas de Marx sólo fueron reconocidas des-

pués de su muerte. Inicialmente, la discusión de la teoría marxista tuvo lugar al margen del mundo académico. Apenas en la última década del siglo XIX el marxismo comenzó a enseñarse en algunas universidades y también a discutirse en los congresos de sociología. En vísperas de la revolución rusa, el marxismo se había consolidado como una teoría social ampliamente debatida dentro del movimiento socialista y en algunos círculos académicos (Casanova, 1991: 20).

Como la revolución soviética se convirtió en un ejemplo por seguir entre las clases trabajadoras de otros países, las clases dominantes se esforzaron por neutralizar la influencia del bolchevismo y el marxismo en todos los campos de la vida social; en esta tarea cumplieron un papel importante las ciencias sociales, ya en un creciente proceso de institucionalización (Fontana, 1982 y 2002).

Por un lado, frente a la difusión del materialismo histórico en medios académicos, autores como Collingwood, Spengler y Popper cuestionaron la viabilidad de una ciencia histórica, argumentando la inexistencia de relaciones causales

y regularidades en el devenir social, y negando la posibilidad de una historia teórica; Popper calificó despectivamente de 'historicismo' todo intento de comprensión holística de la historia. Por otra parte, aprovechando la simplificación del marxismo ortodoxo que predominaba en los países socialistas y los partidos comunistas, la academia burguesa descalificó el marxismo como teoría y método de investigación, tildándolo de ideologizado y reduccionista.

Es por ello que los desarrollos más significativos del marxismo no se dieron dentro de las ortodoxas academias de los países socialistas ni dentro de las institucionalizadas en los países capitalistas, con excepciones como el Instituto de investigación de Frankfurt, creado en 1923 y que desde 1930, bajo la dirección de Max Horkheimer, junto con Theodor Adorno, Erich Fromm y Herbert Marcuse, trabajó en la construcción de una "teoría crítica de la sociedad", hasta cuando la llegada de los nazis al poder obligó a emigrar a sus integrantes.

Los intentos más importantes de renovación del materialismo histórico en el período de entre guerras provinieron de cuatro intelectuales

marxistas que se propusieron revitalizarlo para comprender y transformar las nuevas realidades históricas: Georg Luckas (1885-1971), Karl Korsch (1886-1961), Antonio Gramsci (1891-1937) y Walter Benjamin (1892-1940). Los planteamientos de los dos primeros fueron conocidos y condenados por la ortodoxia marxista de su época; la obra de Gramsci, producida en la cárcel cuando era prisionero del fascismo, solo se conoció e influyó en la segunda mitad del siglo XX; y la difusión y recepción de la obra de Benjamin es aún más tardía.

Por razones de espacio, solo hablaremos sucintamente de algunos aportes de Gramsci y Benjamin al campo historiográfico, cuyo punto de partida fue el rechazo al determinismo economicista y al reduccionismo que predominaba en los manuales marxistas, y las lecturas de realidad que se hacían desde la izquierda y la academia ortodoxa.

Frente a las tergiversaciones del marxismo, Gramsci plantea que este es un método de interpretación histórica que se construye desde la investigación y no por la aplicación de unos principios generales: "La realidad es rica en

combinaciones extrañas, y es el teórico quien está obligado a buscar la prueba decisiva de su teoría en esa misma extrañeza, a traducir en lenguaje teórico los elementos de la vida histórica, y no, al revés, la realidad lo que debe presentarse según el esquema abstracto" (citado por Fontana, 1982: 234). En el mismo sentido, Benjamin critica todo lo que puede haber de teología en el "materialismo histórico".

Gramsci también cuestiona las ciencias sociales burguesas por su orientación positivista: lectura fragmentada de la sociedad, determinismo y reduccionismo metodológico; por otro lado, entiende el marxismo como concepción del mundo y "filosofía de la praxis" que busca interpretar críticamente la realidad social como totalidad, articulando voluntad humana y estructuras sociales, con el fin de transformarla desde la acción política. Para Gramsci, en el marxismo, "el estudio de la sociedad y la intervención activa en ella constituyen una unidad indisoluble" (Gallino, 1980: 11).

Frente al economicismo marxista, Benjamin, en sus *Tesis sobre la historia*, reivindica la importancia de las dimensiones culturales e intersub-

jetivas en la comprensión histórica: "La lucha de clases, que el historiador educado en Marx tiene siempre frente a sus ojos, es la lucha por las cosas rudas y materiales, sin la cual no hay finas y espirituales. No obstante, estas últimas están presentes en la lucha de clases de otro modo que como la mera representación de un botín que le cae en suerte al vencedor. Están vivas en esa lucha como confianza, valentía, humor, astucia, emprendimiento, y ejercen su eficacia remon-tándose a lo remoto del tiempo. Una y otra vez pondrán en cuestión cada victoria que logren los dominantes" (Benjamin, 1996: 49-50).

### 3. La historiografía marxista inglesa

Después de la Segunda Guerra Mundial emergió en Inglaterra un movimiento de historiadores militantes del partido comunista, influidos inicialmente por historiadores liberales radicales y socialistas no marxistas, que renovaron significativamente la historiografía marxista. Con sus investigaciones y mediante revistas como *Marxism today* y *Past and present* (1952), plantearon debates teóricos como las transiciones del feudalismo al capitalismo (Dobb, 1946; Hilton, 1987) y el lugar de la cultura en la his-

toria (Hill, 1985; Rudé, 1982; Thompson); con sus trabajos historiográficos, ellos aportaron al conocimiento de la formación histórica del capitalismo, de los movimientos populares previos y posteriores a la revolución industrial (Rudé, 1978 y 1988; Hobsbawm, 1959), e igualmente a la comprensión de la formación de las clases trabajadoras (Hobsbawm, 1964; Thompson, 1963; Samuel, 1981).

Sin desconocer la vastedad y la riqueza de la producción historiográfica y los aportes teóricos de esta escuela histórica a lo largo de seis décadas de existencia, a continuación haremos un sucinto balance de sus aportes a la historiografía marxista. En primer lugar, desde sus comienzos, las diferentes generaciones de historiadores han tomado distancia crítica con toda dogmatización y reduccionismo del pensamiento marxista, sea el economicismo determinista de la historiografía soviética, sea el estructuralismo de Luis Althusser.

En contravía de la ortodoxia marxista, aquellos han reivindicado el materialismo histórico como perspectiva metodológica crítica y abierta: "Marx, al acompañarnos a pasar el umbral,

nos deja junto a la puerta; dejamos atrás nuestros viejos problemas y adquirimos una perspectiva sobre un conjunto de problemas que están adelante, de los cuales él pudo ver algunos, sin poder resolver más que unos pocos. Nos coloca en un nuevo espacio teórico desde el cual se abren diversos desarrollos alternativos que llevan adelante" (Thompson, 1981).

En consecuencia, contribuyeron a enriquecer los estudios sobre los orígenes, el desarrollo y la expansión del capitalismo en el mundo, articulando dimensiones económicas, sociales y culturales. También ampliaron la comprensión de la lucha de clases, las clases sociales y la conciencia de clase, como categorías históricas y no como conceptos abstractos; es el caso de la clase obrera británica cuya existencia no se deriva solamente de ocupar un lugar determinado en la estructura de producción sino porque, a través de su prolongada lucha contra sus condiciones de explotación, fue creando unas instituciones, unas prácticas, y compartiendo una cultura y una conciencia como clase.

En esta misma perspectiva, los historiadores marxistas le dieron un papel central a la di-

mensión cultural de las luchas sociales; frente a los límites del determinismo economicista para dar cuenta de los fenómenos supraestructurales, en sus estudios han reconocido el carácter activo que juegan los procesos culturales, tales como las ideologías, las representaciones simbólicas, las costumbres en común, y la experiencia de los sujetos frente a sus condiciones y situaciones históricas en que se encuentran, y que producen desde sus prácticas.

Frente al marxismo escolástico y especulativo que predominó en el mundo académico, estos historiadores basaron sus novedosas interpretaciones históricas en rigurosos estudios empíricos, respaldados en abundante uso de fuentes, haciendo uso crítico del legado marxista, y en diálogo con otras corrientes teóricas y metodológicas que provienen de otras ciencias y teorías sociales.

Los estudios y reflexiones de George Rudé, Eric Hobsbawm, E. P. Thompson y Raphael Samuel contribuyeron a la creación de la perspectiva de "historia desde abajo", centrada en las visiones, las experiencias, las acciones y la lucha de las clases populares (el pueblo llano, los campesi-



nos, la clase obrera y otros grupos rebeldes), de lo cual nos ocuparemos en el capítulo siguiente. El trabajo de este grupo de historiadores ha contribuido también a la formación de una conciencia histórica y una cultura democrática, en Gran Bretaña y entre el público mundial que ha tenido acceso a su producción bibliográfica. En particular, las síntesis históricas elaboradas por Hobsbawm (1962, 197<sup>o</sup> y 1994) sobre diferentes períodos de la historia contemporánea han influido en la representación de amplios sectores del público 'ilustrado' sobre el reciente pasado histórico.

#### 4. El marxismo en la historiografía latinoamericana

El materialismo histórico y la historiografía marxista han influido en la investigación histórica latinoamericana lo largo del siglo XX, tanto por obra de historiadores provenientes de países del norte como por autores de la región. Sin ser el primer marxista latinoamericano, Juan Justo, fundador del partido socialista argentino, traduce en 1895 *El capital* y publica en 1909 *Teoría y práctica de la historia*. Este pensador representa un hito en la recepción

eurocéntrica del marxismo en la región, que ha caracterizado buena parte de los estudios históricos marxistas, y da prioridad a los referentes teóricos y las experiencias de los países centrales, desconociendo la especificidad histórica de nuestras sociedades.

Un segundo hito es el peruano José Carlos Mariátegui (1895-1930), fundador del partido socialista de su país, quien decididamente renovó la recepción del marxismo en el continente, al visibilizar la singularidad de nuestras sociedades, en particular la existencia de los pueblos indígenas, que le plantean desafíos teóricos y políticos al marxismo (Mariátegui, 1981). Pese a este reconocimiento pionero de la cuestión indígena, de hecho la relación entre el marxismo y otras tradicionales revolucionarias —como la sustentada en las luchas indígenas— ha sido descrita por Álvaro García Linera (2005) como un “desencuentro”.

En la medida en que, a lo largo del siglo XX, fueron formándose partidos de izquierda, también se generó un interés de parte de los mismos por rescatar y visibilizar la historia de las luchas populares y revolucionarias, en particular las

del movimiento obrero internacional y de cada país. Así aparecieron libros y materiales de divulgación al respecto; salvo excepciones, la mayoría de estos estudios tenía como propósito divulgar las posiciones políticas del respectivo partido, quedando en segundo plano el rigor investigativo. En todo caso, además de relatar los hitos de su trayectoria, estos estudios, inspirados en un marxismo doctrinal, abordaron temas como sus relaciones con el Estado y los partidos, su carácter de clase y su potencia revolucionario.

Desde la década de los 60, a partir de su crítica al desarrollismo, algunos pensadores marxistas se propusieron caracterizar la formación del capitalismo en América Latina, retomando para el continente importantes debates clásicos dentro del marxismo, como la transición del feudalismo al capitalismo y la acumulación originaria de capital (Bagú, 1949; Gunder Frank, 1968; Vitale, 2012). Estas discusiones se decantaron a fines de la década de 1960 en la elaboración de la teoría de la dependencia, que buscaba explicar la especificidad del 'atraso' de los países latinoamericanos en las relaciones de dependencia con los países metropolitanos

(centro). En buena medida, la perspectiva marxista fue la principal referencia teórica del debate, como puede evidenciarse en publicaciones como *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* (Gunder Frank, 1968), *Dependencia y desarrollo en América Latina* (Cardoso y Faletto, 1969), *Dependencia y cambio social* (Dos Santos) y *Dialéctica de la dependencia* (Mauro Marini, 1973). La discusión sobre la dependencia y la dominación imperialistas, inicialmente centrada en lo económico, impactó otros campos sociales (la cultura, la educación, la comunicación, la religión) y contribuyó a que el marxismo, como teoría y método de análisis, se generalizara en el conjunto de las ciencias sociales de toda la región.

#### **IV. Emergencia de una “historia desde abajo”**

##### **1. La historia como discurso hegemónico**

Es evidente el papel del saber histórico en el juego de fuerzas de poder presentes en el contexto donde se produce. Pocas modalidades del saber desempeñan un rol tan definido en la reproducción o transformación del sistema establecido de relaciones sociales como la historia. “No hay discurso histórico cuya eficacia sea puramente cognitiva; todo discurso histórico interviene en una determinada realidad social donde es más o menos útil para las fuerzas en pugna” (Pereyra, 1985: 34).

Por ello, la historia ha sido un campo de lucha entre quienes detectan y se disputan el dominio y la orientación de la sociedad. Así, mientras los sectores dominantes de una sociedad buscan construir concepciones y versiones del pasado, orientadas a legitimar su hegemonía, a la vez los sectores subalternos y las fuerzas políticas y sociales que les disputan el poder

buscan producir lecturas del pasado que sean acordes con sus proyectos.

Más allá de querer imponer sus propias versiones del pasado, lo que está en juego es el control sobre la memoria social, dado que desde ella se estructuran las identidades sociales; se legitiman, impugnan y redefinen las relaciones de poder que atraviesan el cuerpo social; y se definen los campos de lo posible, las visiones y los proyectos de futuro que les otorgan sentido a las prácticas sociales presentes. En tanto que la construcción del pasado es fuente de cohesión, identidad social y proyección histórica, las luchas que se presentan entre las diferentes versiones de la historia expresan y contribuyen de algún modo a nutrir las batallas presentes entre los diversos actores sociales.

Ya en las antiguas civilizaciones había individuos especializados en registrar aquellos acontecimientos y saberes que se consideraban valiosos para los grupos dominantes, fueran grandes guerras y batallas, genealogías dinásticas, códigos morales o límites de sus dominios. En la antigua Grecia, Heródoto y Tucídides relataron las guerras de su época, y durante la Edad

Media europea los monjes de los monasterios registraban los acontecimientos y la vida de personajes ejemplares, generalmente guerreros y religiosos. A partir de la aparición de los Estados monárquicos, desde el siglo XV, la labor de los historiadores se identificó con los intereses de príncipes y monarcas:

Dicho sometimiento de la historia a la política se institucionalizó en el siglo XIX, cuando la historiografía asume la tarea de reconstruir el pasado de los nacientes Estados nacionales, aunque se presentó a sí misma como una reconstrucción fidedigna del pasado, cuya objetividad se justificaba en el uso de documentos producidos por el Estado y las élites letradas, y en la crítica de tales fuentes. En realidad, el historiador no era sujeto sino técnico de esta operación; estaba al lado del poder, del cual recibía las directrices de lo que hacía y cuyos productos eran funcionales a su hegemonía.

La historia universal y las historias nacionales fueron genealogías del poder colonial, nacionalista y burgués que se consolidó en el mundo entre la segunda mitad del siglo XX y comienzos del siguiente. Estas versiones gloriosas del

'progreso' humano tenían como protagonistas a las élites políticas y económicas de los países del norte, dejando por fuera de la historia a los pueblos no europeos y también a la mayor parte de la población: obreros, campesinos, pobres urbanos y mujeres; en su versiones criollas, además, se excluía a los indios y los afrodescendientes. Las pocas veces que sectores subalternos aparecían en la historia tradicional, eran representados como personajes pintorescos o pasivos colaboradores de héroes y caudillos. En aquellos hechos donde era indudable su presencia (por ejemplo, la revolución francesa o el "Bogotazo" de 1948), eran presentados como 'plebe', masa informe, muchedumbre asociada a la turba y al tumulto.

Si bien es cierto que la Nueva Historia renovó las prácticas historiográficas a lo largo del siglo XX, ampliando su objeto y fortaleciendo su utillaje conceptual y metodológico, ello no significó un cambio del lugar social ni en la perspectiva política del conocimiento histórico. La historia científica se fue institucionalizando paulatinamente, subordinando a las demandas del poder; como gremio, los historiadores han asumido la comodidad y la indiferencia de los

especialistas; la escritura de la historia es su 'territorio', y no el presente ni la historia presente que pueda comprometerlos.

En términos de sus contenidos, su afán por tomar distancia con la historia política y acontecimental llevó a que buena parte de la producción historiográfica, realizada o inspirada por los *Annales* y por cierto marxismo economicista, priorizara el estudio de la estructuras económicas, demográficas y sociales en clave de la larga duración. Desplazado el protagonismo de las élites, pasaron a ser las invisibles fuerzas macrosociales y el silencioso transcurrir de las estructuras los factores explicativos de los cambios históricos. En consecuencia, los sectores populares, su cotidianidad, sus luchas y conflictos, continuaron ausentes; los excluidos de la historia patria aparecen en la Nueva Historia de modo abstracto, como dato estadístico, como mano de obra o consumidor.

En el contexto del actual fraccionamiento y la dispersión del campo temático de la historiografía profesional y académica, en algunas ocasiones, "lo popular" es considerado un objeto más de interés historiográfico entre la

amplia oferta del mercado historiográfico. En este sentido, en muchos estudios sobre “clases bajas”, “grupos marginales” y “culturas populares” los subalternos son reducidos a datos demográficos y estadísticos, a sus prácticas simbólicas y cotidianas, a población pasiva, representada o ‘imaginada’ por otros (El estado, las élites, la literatura), en la mayoría de los casos, desconociendo su carácter de sujetos históricos y las relaciones de poder en los cuales están insertos.

## 2. La historia “desde abajo” europea

Los sectores subalternos no han requerido los historiadores para reconocer el papel del pasado en sus resistencias contra el poder dominante y desde sus luchas por construir formas alternativas a dicha condición. Por un lado, rechazando las imágenes del pasado, generadas desde el poder opresor, como lo evidencia la recurrente destrucción de monumentos en coyunturas de rebelión. Por otro lado, acudiendo a su memoria del pasado para afirmar sus luchas presentes; unas veces, reivindicando personajes y hechos ocultados o tergiversados por la historia oficial; otras, activando y reinventando

símbolos, narrativas y tradiciones de resistencia, que afirman su identidad y sus utopías.

Desde el campo historiográfico europeo, en el contexto de la irrupción de las clases populares en las revoluciones europeas de los siglos XVIII y XIX, algunos historiadores buscaron reivindicar la historia de los sectores oprimidos de la sociedad. El pionero fue John Wade, quien en 1833 hizo una *Historia de las clases media y trabajadora*, primer antecedente de la historia obrera. En Francia se destaca Jules Michelet (1798-1874), que se ocupó de rescatar del pasado a personajes colectivos y anónimos como el pueblo, la mujer y las brujas; también, George Lefebvre, quien en su obra *El gran pánico de 1789* evidenció el importante papel de los campesinos y el pueblo bajo en la Revolución Francesa. Lefebvre fue más allá al plantear la necesidad de una “perspectiva desde abajo” para ver la historia, entendida como el reconocimiento de “las necesidades, los intereses, los sentimientos y sobre todo el contenido mental de las clases populares”.

Historiadores socialistas y demócratas radicales de fines del siglo XIX y comienzos del XX

destacaron la presencia de las clases populares en sus trabajos, privilegiando la "historia del movimiento obrero". Décadas más adelante surgió el interés por hacer la historia de los campesinos, despreciados por las clases dominantes de la época y por muchos revolucionarios que magnificaron al proletariado urbano como único sujeto histórico.

Como se dijo antes, fue en Inglaterra, después de la Segunda Guerra Mundial, donde un grupo de historiadores marxistas y militantes comunistas emprendió un proyecto colectivo de historia social de la "gente del común". Tal "historia desde abajo" no es entendida por estos investigadores; la misma "no consiste únicamente en desplazar el foco de interés desde las élites hacia las vidas, actividades y experiencias de la mayoría de la población" (Casanova, 191: 97), sino en reconocer —sin idealizar— el papel de sus luchas y movimientos en la vida histórica. En consecuencia, los temas de estudio más recurrentes de estos historiadores son las protestas populares y la formación de las clases trabajadoras.

Uno de los principales representantes de esta generación es George Rudé, cuya obra incluye

estudios pioneros de los movimientos populares preindustriales en Inglaterra y Francia, análisis de las multitudes, la conciencia y las ideologías populares (Rudé, 1974, 1978, 1982 y 1989). Además de su rigor metodológico, basado en trabajo de archivo y análisis cuantitativo, Rudé hizo grandes aportes a la conceptualización de las multitudes en la historia, destacando la necesidad de analizar el contexto en el que actúa, sus causas, su composición social, sus formas de acción, sus intenciones y su 'ideología'.

Eric Hobsbawm, además de sus connotadas obras de síntesis histórica, también hizo notables contribuciones a la historia social. Se ocupó de temas como el bandidaje político y la protesta prepolítica en *Rebeldes primitivos* (1968); en *Revolucionarios* (1973) reunió ensayos sobre las organizaciones políticas y las ideologías radicales; y en *Trabajadores. Estudios de la historia de la clase obrera* (1980) y *El mundo del trabajo* (1984), reunió diferentes estudios heterodoxos sobre los orígenes y desarrollos de la clase obrera en Europa. Además, a este autor se le deben dos de los más completos balances sobre la "historia desde abajo" (1974 y 1998).

Por su parte, E. P. Thompson también ha contribuido a este campo historiográfico, tanto con sus investigaciones sobre las protestas populares en el siglo XVIII (1979 y 1995) y la formación de la clase obrera inglesa (1989), como con su defensa intelectual de la especificidad epistémica y metodológica del materialismo histórico y cultural (1981). En todos los casos, su trabajo enriquece el marxismo al incorporar dimensiones culturales en la comprensión de las formas de dominación social y de la lucha de clases, así como ciertas categorías: "economía moral", "experiencia" e identidad de clase.

Para Thompson, la historia desde abajo representa un doble esfuerzo. Uno, más evidente, el de rescatar la presencia de la gente sencilla en la vida histórica, tal como lo afirmó en su principal obra: "Trato de rescatar al pobre tejedor de medias, al tundidor ludista, al 'obsoleto' tejedor manual, al artesano 'utópico', e incluso al iluso seguidor de Joanna Southcott, a la enorme condescendencia de la posteridad [...] Sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia; y si fueron víctimas de la historia, siguen, al condenarse sus propias vidas, siendo víctimas" (Thompson, 1989: 286). El segundo,

el de ampliar, desde la experiencia de las clases subalternas, una lectura de conjunto de la vida social, que no pierda de vista sus dimensiones estructurales y las relaciones de poder.

En el mismo sentido, Raphael Samuel (1984) afirma que "la historia popular no es o no debería ser una sencilla cuestión de cambio de temática sino más bien una manera diferente de examinar el conjunto de la sociedad". También este historiador ha impulsado, a través del proyecto y revista *Workshop History*, una mayor relación con los trabajadores y la democratización de la producción historiográfica, elaborando historias locales y de sus luchas recientes.

En Francia, después de la revuelta estudiantil de mayo de 1968, algunos historiadores de los *Annales* se han interesado por la vida cotidiana, y la vida corriente de los grupos sociales excluidos y marginados. Se destaca el libro *Montaillou. Una aldea occitana* (1975), de Emmanuel Le Roy Ladurie, en el que se describe una villa campesina del Medievo enclavada en los Pirineos, basándose en el libro de actas de la Inquisición levantadas durante la investigación de un caso de herejía en el siglo XIV.



Por la misma época, el historiador Carlo Ginzburg publica *El queso y los gusanos* (1976), en el cual reconstruye el mundo intelectual de un molinero italiano del siglo XVI apodado Menocchio, investigado también por la Inquisición. La obra permite mirar los problemas de la reconstrucción de las culturas populares en sociedades preindustriales, en las cuales confluyen viejas formas de pensamiento tradicional con las influencias provenientes del mundo social y cultural de la época.

Este trabajo, junto con el de otros historiadores italianos como Giovanni Levy, dio origen a la llamada “microhistoria”, corriente que insiste en que la mirada microscópica de los fenómenos históricos permite ver, en su densidad, problemas no percibidos desde la mirada telescópica de las historias estructurales de escala nacional. Estas historias locales ofrecen la posibilidad, por ejemplo, de reconocer cómo las clases subalternas, desde su experiencia cotidiana, perciben sus condiciones de opresión, y generan sus resistencias y opciones (Levy, 2003; Aguirre, 2009).

En Alemania y dentro del contexto de la renovación historiográfica iniciado en la década

de los 70 del siglo XX, surgió una tendencia de “historia social crítica” que se distanció de las historias estructurales, y se interesó en el estudio de la experiencia de los sujetos populares y su acción colectiva. Algunos centraron su atención en lo cotidiano para ver allí tanto las resistencias frente a los poderes opresores como sus colaboraciones con estos (Millán, 2002). El exponente más destacado de tal historia social crítica es Jürgen Kocka, quien, además de sus investigaciones sobre el socialismo en Alemania del Este y su crisis, ha hecho notables aportes a la historiografía comparada y al debate teórico sobre la historia social (Kocka, 2002).

Un trabajo individual, pero en diálogo con otros historiadores y científicos sociales, es el libro de James Scott (2000) *Los dominados y el arte de la independencia*; a partir de numerosas evidencias históricas de diferentes lugares del mundo, el autor analiza las varias estrategias de resistencia generadas por los actores dominados, desde el anonimato de su vida cotidiana y privada.

### 3. Los Estudios subalternos de la India

La historia moderna no solo excluyó a los sujetos subalternos sino además a los pueblos no europeos. Una crítica al carácter eurocéntrico de la historiografía occidental surgió a partir de la década de los 70 en la India, en torno al proyecto editorial *Subaltern studies*, liderado por Ranajit Guha. En el manifiesto inaugural del proyecto se denunciaba el carácter colonial y elitista de la historia nacionalista india, heredera de todos los prejuicios de la mirada británica y que, por tanto, era incapaz de mostrar la contribución del pueblo al proceso de independencia de la India.

Inspirado en Gramsci, Guha muestra cómo la representación de lo “nacional”, agenciada por los historiadores de la posindependencia, desconocía la participación de las *clases subalternas*, “que constituyen la masa de población trabajadora y los estratos intermedios en la ciudad y en el campo” (Guha, citado por Fontana, 2002: 173). Tal desconocimiento era compartido también por los historiadores que pretenden estar del lado de los insurgentes, tanto porque las fuentes oficiales impiden reconocer la mirada de los subalternos como porque no se despren-

dían del relato moderno de la nación. De este modo, la subalternidad es una condición de los sujetos populares y de la escritura de los historiadores, subordinada a la narrativa moderna y europeizante de la historia nacional. En el discurso histórico académico, la experiencia europea es el referente de todas las historias, que tienden a ser variantes del mismo modelo narrativo que se pudiera llamar “historia de Europa” (Chakrabarty, 1992: 37).

En 1981, un grupo de jóvenes historiadores se reúne con Guha a fin de compensar esta perspectiva historiográfica que había privilegiado el papel de las élites en la construcción de la nación y que se apropiaba de la representación de lo popular, rescatando el papel de los movimientos campesinos, obreros y grupos tribales en el movimiento emancipador indio. En la perspectiva de la “historia desde abajo”, aquellos pretendían reconocer “las formas constitutivas de conciencia y cultura de los subalternos [...], reconociendo su calidad de sujetos plurales y descentrados” (Zermeño, 1999: 23-24).

Su preocupación por rescatar a los subalternos como agentes de su propio destino, sin quedar

atrapados en la prisión de la narrativa moderna de lo nacional, los llevó a asumir la categoría de subalternidad como “forma cultural que señala los límites de lo posible, o como denuncia de las fallas de un sistema o modelo de sociedad” (Zermeño, 1999: 28). Así, recuperar la experiencia del pasado de los subalternos va más allá de la buena voluntad de los historiadores; rescatar los sentidos que animan sus acciones colectivas de los subalternos, cuando estos no han dejado sus propias fuentes, exige deconstruir las escrituras históricas que los han representado desde lo hegemónico (fuentes coloniales e historiografía oficial).

El proyecto de los estudios subalternos de la India fue acogido con entusiasmo por intelectuales latinoamericanistas radicados en Estados Unidos, quienes conformaron el Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericanos, y emitieron en 1993 una declaración o manifiesto en el cual critican los paradigmas (marxismo, teoría de la dependencia y de la modernización) que han gobernado el análisis social en la región; a partir de esta vaga denuncia, hacen el anuncio de un programa alternativo: “un trabajo arqueológico en los intersticios

de las formas de dominación” (Bustos, 2002: 231).

Aquel manifiesto (Castro-Gómez y Mendieta, 1998) ha sido cuestionado por historiadores como Mallón (1994) y Bustos (2002), principalmente, por desconocer la producción historiográfica latinoamericana en materia de historia social, por la perspectiva ‘textualista’ del diagnóstico, y por desconocer la singularidad y la complejidad de la “herencia colonial” y de lo subalterno en América Latina. Más allá de estos cuestionamientos, habrá que ver si, además de esta declaración, el Grupo han realizado investigaciones que permitan evaluar los alcances y las limitaciones del proyecto subalterno, que quizá desde sus creadores indios no tuvo pretensión alguna de universalidad<sup>2</sup>.

2 Vale la pena señalar que en 1997, las historiadoras Silvia Rivera y Rossana Barragán publicaron una antología de textos de los principales exponentes del proyecto de estudios subalternos, bajo el título *Debates poscoloniales. Introducción a los estudios de la subalternidad* (La Paz, SEPHIS); una década después fue hecha una segunda edición colombiana por parte de la Universidad Sur Colombiana de Neiva.

#### 4. "Historias desde abajo" latinoamericanas

En América Latina hay una larga tradición de estudios que buscan reivindicar el papel de los sectores populares en nuestra historia. Por el carácter de esta publicación, no podemos hacer un análisis riguroso del conjunto de esta historiografía pero sí reconocer algunos hitos y rasgos generales de su trayectoria, señalando temáticas, discusiones y publicaciones significativas, particularmente las publicadas en Colombia.

Desde comienzos de la dominación colonial, la generación de saber histórico procuró ser controlado por la Corona a través de las *Crónicas de Indias*, que desde la perspectiva de los invasores relataban los acontecimientos referidos a la Conquista y la colonización del continente americano. Simultáneamente, desde los pueblos indígenas se producían versiones propias sobre la dominación, tales como los escritos mayas *Popol Vuh* y *Chilam Balam*, códices aztecas que relatan las atrocidades de la Conquista. El historiador mexicano Miguel León Portilla (1959) ha recopilado testimonios indígenas bajo el nombre de *La visión de los vencidos*.

A comienzos del siglo XVI, el indígena Guaman Poma de Ayala, nacido en Huamanga (Perú), escribió una carta al rey de España titulada *Nueva crónica y buen gobierno*, en la cual denunciaba las injusticias y el maltrato de los conquistadores y funcionarios reales sobre los pueblos indígenas<sup>3</sup>. Además de representar un paradigmático ejemplo de historia desde abajo, el autor asume una estrategia de escritura que combina textos en español y quechua, así como dibujos de las situaciones que narra.

A comienzos del siglo XX<sup>4</sup> y en el contexto de las oleadas de movimientos populares que sacuden los países de la región, se reactiva el interés por hacer historia de los subalternos y sus luchas. Así, por ejemplo, la Revolución Mexicana y las querellas agrarias atraerán la atención de historiadores y literatos hacia los campesinos. Con el proceso de industrialización —ocurrida de manera desigual en los diferentes países—, también emerge la clase obrera y el interés de los historiadores marxistas por comprenderla. Estas primeras historias nacionales del movi-

3 Fue descubierta en 1908 en la Biblioteca Real de Copenhague, Dinamarca. El documento completo, de 1.189 páginas, puede consultarse en: <http://www.kb.dk/permalink/2006/poma/info/es/frontpage.htm>.

miento obrero centran su atención en sus protestas, sus organizaciones, y sus vínculos con los partidos y con el Estado.

De nuevo, a partir de las décadas 60 y 70, con el ascenso de las luchas sociales (campesinas, indígenas, barriales, etcétera), se expande el interés por rescatar en el pasado los antecedentes de tales brotes. Se destacan los trabajos sobre la resistencia indígena a la invasión europea (De Col, 1973; Valencia, 1991); sobre las rebeliones indígenas y populares en la Colonia, como la de Túpac Amaru en Perú y la de los comuneros en Colombia (Valcárcel, 1965 y 1982; Castro y otros, 1992; Flores Galindo, 1986; Posada, 1970, García, 1983; Aguilera, 1985); sobre la población afro y sus luchas (Mellafe, 1973; Escalante, 1964), sobre las organizaciones y luchas de los artesanos (Vargas, 1972; Rivera y Lehm, 1988; Aguilera, 1996), y sobre las luchas campesinas (Mires, 1988; Tovar, 1974; Gaitán, 1976; Sánchez, 1977).

Por la misma época, algunos líderes populares escribieron o dieron testimonio sobre su participación en las luchas sociales: Manuel Quintín Lame, Domitila Chungara (1978) y Rigoberta

Menchú (1982); otros fueron más allá y escribieron sus propias versiones de las mismas (Torres Giraldo, 1973). Por otra parte, organizaciones sociales buscan recuperar su historia desde una perspectiva propia, con el apoyo de investigadores solidarios con sus luchas; en Colombia son representativas las indagaciones desde el movimiento indígena del Cauca (Rapaport, 2000), las luchas campesinas en la Costa Atlántica (Fals Borda y Fundación La Rosca) y la actividad sindical (Núñez y otros, 2009).

La profesionalización de los historiadores facilitó la recepción de la historiografía marxista inglesa y posibilitó que desde la década de los 80 se realizaran trabajos más rigurosos sobre la historia de la clase obrera, así como de otras luchas (campesinas, populares, feministas, estudiantiles). Tales trabajos incorporan los contextos cotidianos de sus protagonistas, sus lecturas y significaciones sobre las situaciones de injusticias, y de sus repertorios de acción colectiva para denunciarlas y enfrentarlas (Salazar, 1986 y 2003; Aguilera y Vega, 1991; Archila, 1991; Torres, 1993a; Adamovsky, 2012; Vega, 2002, Núñez, 2006; Varela y Romero, 2007).

## 5. Diversos modos de hacer historia popular

Hecho este recorrido, podemos afirmar que la preocupación por escribir una historia “de los de abajo” ha construido una tradición historiográfica que emerge como corriente alternativa a la historia tradicional y científicista, que niega, subordina o funcionaliza el papel de los sectores subalternos en el devenir social. Tal tradición no conforma una corriente unitaria sino en la que podemos distinguir distintas tendencias o maneras de entender el sentido, y la práctica de producción de conocimiento sobre el pasado popular.

Por un lado, están las versiones románticas de la historia de lo popular, que surgieron en el siglo XIX y exaltan el protagonismo de los sectores subalternos (los pobres, la mujer, los marginales), encumbrando sus virtudes. Esta concepción histórica se reeditó en las versiones del revisionismo histórico y en material de divulgación que se concentra en acontecimientos gloriosos en que es visible la participación del pueblo (Movimiento comunero, 20 de julio de 1810, 9 de abril de 1848). Esta perspectiva, si

bien juega un papel ideológico de cuestionamiento de la historia elitista, muchas veces se constituye en su espejo: una historia lineal, epistémica, con nuevos héroes y mártires populares.

Con el advenimiento de una historiografía científicista de pretensiones universalistas y objetivistas, con su interés por los hechos de masas y lo estructural, también se forma una segunda tendencia de historia del mundo popular, ahora entendido como sujeto histórico abstracto, como masa social, como clase o como movimiento social. Aunque esta lectura ‘científica’ posibilitó una interpretación más estructural y del lugar de los grandes actores colectivos en el devenir social, eclipsó las dimensiones culturales, intersubjetivas y cotidianas de los sectores subalternos, y su determinismo desconoció su capacidad de agencia en la medida en que su acción está gobernada por grandes fuerzas o tendencias históricas.

Una tercera manera de entender la historia de los sectores oprimidos es la representada por los historiadores marxistas ingleses y sus seguidores, que los libera del mecano determinista del científicismo y el marxismo ortodoxo,

visibilizando su experiencia cotidiana y sus dimensiones culturales (simbolismo, creencias, ideologías, representaciones, imaginarios). Tales versiones pudieron reconocer “desde abajo” la mirada y la voz de las clases subalternas, ampliando el uso de fuentes y técnicas de análisis social y cultural, y cuyos productos logran incidir en la representación de la acción colectiva popular en vastos sectores de opinión.

Una cuarta modalidad de historia de los de abajo es aquella que reconoce el protagonismo de los sectores populares en la historia-materia y también su potencial como sujetos de conocimiento histórico. Si en las anteriores versiones historiográficas que simpatizan, teorizan o se comprometen con los subalternos son asumidos como “objeto de conocimiento”, en esta última se les involucra en la producción de conocimiento sobre su pasado. Nos referimos a diferentes experiencias de ‘recuperación’ o re-construcción colectiva de historias y memorias populares, surgidas en América Latina en la confluencia entre organizaciones populares, con investigadores sociales que “han comprendido que el pasado es asunto de todos, y han tratado de dar de la historia y del conocimiento histórico una

definición más colectiva, menos especializada y técnica” (Chesneaux, 83: 23).

Es sobre esta tendencia de historia popular a la que nos referiremos en los dos capítulos siguientes, no solo por ser poco conocida tanto en medios académicos como sociales sino además porque constituye una forma alternativa a la producción de conocimiento hegemónico, con alto potencial emancipador y de transformador.

## V. Construcción colectiva de historias populares

### 1. De la historia popular a la (re)construcción colectiva de la historia

Consideramos como historia popular aquellas iniciativas investigativas y propuestas historiográficas que se relacionan con los oprimidos, no como objetos de conocimiento sino como lugar político y epistemológico de comprensión del devenir histórico en su conjunto, desde un interés emancipador. No es una historia "sobre los de abajo sino una perspectiva para hacer historia "desde abajo". Así, lo popular es el conjunto de sectores sociales en condición de subalternidad y un horizonte de sentido para interpretar y transformar la sociedad en su conjunto.

En efecto, tal como lo expresa Raphael Samuel, "la historia popular representa siempre un intento de ensanchar la base de la historia, de aumentar su materia de estudio, de utilizar nuevas materias primas y ofrecer nuevos mapas de conocimiento". Así, la historia popular no sólo es un nuevo campo temático legítimo y



reconocido por el gremio de los historiadores sino también y principalmente un lugar metodológico para comprender el conjunto de las sociedades de las que constituyen una mayoría, y un lugar político desde el cual orientar la acción colectiva de los sectores subalternos:

Asumir la historia popular como perspectiva epistémica y política exige, en primer lugar, reconocer la historicidad de los sectores populares como constructores permanentes de su historia y dentro de los marcos de posibilidad de los contextos en los que actúan. Decir que estos hacen la historia significa, “en primer lugar, a través del trabajo productivo en el contexto de un orden que sostiene el conjunto social; en segundo lugar, a través de sus múltiples formas de resistencia al orden establecido, desde las marginales, individuales y cotidianas, hasta las abiertas y directas acciones de rebeldía colectiva” (Chesneaux, 1985).

En segundo lugar, implica admitir que los sectores populares mantienen una relación activa con su pasado a través de múltiples estrategias de elaboración y activación de su memoria colectiva. En palabras de Florescano (2012; 21),

“desde tiempos remotos, los pueblos acuden al pasado para combatir el paso corrosivo del tiempo sobre las fundaciones humanas; para afirmar solidaridades asentadas en orígenes comunes; para legitimar posesión de un territorio; para sancionar el poder establecido; para respaldar con el prestigio del pasado vindicaciones presentes; para fundamentar en un pasado compartido la aspiración de construir una comunidad (local, regional, nacional, continental); o para darle sustento a proyectos disparados hacia la incertidumbre del futuro” (Florescano, 2012: 21).

En tercer lugar, que los sujetos populares no solo tienen poder de actuación histórica y saber histórico de su pasado; también pueden ser productores de conocimiento histórico sobre y desde su acción histórica. La historiografía popular alcanza su plenitud cuando es construida colectivamente por los hacedores de historia real y de memoria social, cuestionando el elitismo del protagonismo histórico (propio de la historia tradicional) y el elitismo intelectual de la historia profesionalizada, incluido el de los historiadores sociales estudiosos de “los de abajo”. Pese a su radical crítica frente a la historia oficial y

cientificista, a excepción del proyecto *Workshop history*, no cuestionaron que la producción del conocimiento histórico fuera patrimonio exclusivo del gremio; mantuvieron la política de 'representar' a los subalternos (Spivak, 2003).

Al comenzar los 80, a partir de la crítica al monopolio de producción de conocimiento histórico por parte de los especialistas, el historiador francés Chesneaux se preguntaba: "¿Qué puede ser una historia hecha por las gentes de abajo, en función de necesidades propias? ¿Una historia que no habría que conceder a los profesionales sino un papel de auxiliares, no de depositarios privilegiados?" (Chesneaux, 1983: 168). Hoy podemos responderle que esa historia hecha por los "de los de abajo" es una realidad en América Latina, donde se vienen gestando diversas prácticas que posibilitan que la gente común produzca conocimiento sobre su historia; tales prácticas se conocen con diferentes nombres: *recuperación colectiva de la historia* (Cendales, Peresson y Torres, 1990), *recuperación crítica de la historia* (Fals Borda, 1985) y *recuperación de la memoria popular* (Acuña, 1986)<sup>4</sup>, y que en

4 La palabra "recuperación histórica" cobró fuerza en la coyuntura de los años 70 y 80, por estar en sintonía de otras prácticas so-

este libro llamaremos *Re-construcción colectiva de la historia* (en adelante, RCH).

Este conjunto de propuestas investigativas surgió simultáneamente en varios países de América Latina en la década de los 80 del siglo XX en los márgenes del mundo académico, articulado a procesos de lucha popular y agenciado por Centros de Educación Popular<sup>5</sup>; para el caso chileno, Salazar (2006) destaca el creciente interés de los sectores populares, desde mediados de la década de 1980, por intercambiar sus recuerdos y exponer por escrito su memoria colectiva. Tal vez lo más significativo es que tales prácticas cuestionaron los presupuestos epistemológicos —y políticos— de la historia disciplinar, y plantearon otras formas de hacer historia desde la perspectiva y los horizontes emancipadores de los movimientos culturales

ciales y políticas que pretendían resarcir el despojo del que han sido víctimas los sectores populares, tales como la "recuperar la tierra" (campesinos) y "recuperar la cultura" (indígenas).  
5 Cuevas (2006) identifica algunas: el Centro de Difusión de Historia popular (CEDHIP) y el Centro Tarea, en Perú; la asociación Dimensión Educativa en Colombia, el Taller de Historia Oral (THOA) en Bolivia y el Centro de Investigación de los movimientos sociales (CEDIME) en Ecuador. A estos habría que sumar ECO y SUR en Chile y el Centro Nacional de Acción pastoral en Costa Rica.

y sociales que se asumían como alternativos o populares (Cuevas, 2005).

## 2. Convergencias en la configuración de la recuperación colectiva de la historia

La RCH emerge en una coyuntura de ascenso de los movimientos populares y de proyectos políticos alternativos (resistencia a las dictaduras en el Cono Sur, Revolución Sandinista y procesos insurgentes en América Central y Colombia), en estrecho vínculo con la educación popular y la investigación participativa, e influida por las elaboraciones y discusiones provenientes de la historiografía marxista inglesa y los estudios culturales latinoamericanos. "La organización de la memoria y la experiencia populares no se ha producido, sin embargo, como un trabajo puramente intelectual o cultural, sino como parte de un *movimiento* más ancho de reagrupación social y reformulación identitaria, donde es difícil aislar o separar una dimensión de las otras" (Salazar, 2006: 150).

Con esta advertencia de Salazar y reconocida la singularidad de cada país, reconocemos cuatro campos de interlocución que contribuyeron a la

emergencia de la RCH en la década de 1980: 1) La Educación Popular (EP); 2) La Investigación Acción Participativa (IAP); 3) Aportes provenientes del campo historiográfico: crítica a la historia hegemónica y el descubrimiento de la corriente de "historia desde abajo"; 4) Los estudios latinoamericanos sobre culturas e identidades populares; 5) La historia oral; y 6) Las prácticas de los grupos subalternos para mantener su memoria colectiva.

El campo principal en el que surgió la RCH fue la EP, corriente pedagógica que nace a comienzos de la década del 60 del siglo XX con los movimientos de cultura y educación de base y la pedagogía liberadora de Paulo Freire; se convierte en un movimiento educativo cuando, en las décadas siguientes, las ideas de Freire son acogidas y radicalizadas en la práctica de educadores de base, maestros, animadores culturales y militantes sociales, organizaciones civiles y redes a lo largo y ancho de América Latina.

Desde sus comienzos, la concepción y la práctica educativas fueron definiendo unos rasgos y principios que les dan identidad, tales como su opción política emancipadora por la transformación so-

cial, su crítica radical al orden social impuesto por el capitalismo, su propósito de contribuir a la formación de los sectores populares como sujeto histórico, su afán por incidir en diferentes dimensiones de las subjetividades populares a través de múltiples estrategias metodológicas, dialógicas y participativas (Torres, 2007).

En su fase fundacional, la EP se desarrolló en la alfabetización y la educación de adultos, así como en la educación con pobladores y campesinos. Inicialmente, los educadores populares partían de representaciones románticas o abstractas de lo popular (como pueblo, clase trabajadora o movimiento popular); sin embargo, desde su práctica se fue reconociendo que ese pueblo tenía rostro propio como poblador, mujer, joven campesino o indígena. Este ‘descubrimiento’ llevó a que, desde fines de la década de 1970, surgieran iniciativas por comprender su densidad histórica y cultural, tales como realizar historias locales, recuperar experiencias de lucha y organización popular, y recoger testimonios de líderes memorables.

Es tal propósito, algunos colectivos de EP buscaron en las ciencias sociales unas metodolo-

gías y técnicas que pudieran servirles para sus propósitos. El principal encuentro fue con la Investigación Acción Participativa, propuesta investigativa que venían elaborando Orlando Fals Borda y su equipo de la Fundación La Rosca desde los 70, desde su apoyo a luchas campesinas en la costa atlántica y otras regiones de Colombia (Fals Borda, 1984 y 1985), y su intención de crear una “ciencia popular”. Ese enfoque crítico compartía con la EP su crítica al papel de disciplinas sociales y educación en la reproducción de las relaciones y valores coloniales y burgueses, así como en la necesidad de construir, desde las luchas y organizaciones populares, un conocimiento para la liberación.

Este encuentro de la EP con la IAP afirmó el sentido político, pedagógico, emancipador, de la RCH, a medida que se buscaba involucrar a los propios actores históricos en la producción de conocimiento sobre la historia vivida. Los trabajos de Fals Borda (1984 y 1985) y la interacción con él mismo, en su calidad de investigador y educador popular, aportaron presupuestos metodológicos como la superación de las dicotomías entre conocimiento y acción, entre sujeto y objeto de investigación, entre saber

popular y conocimiento académico, entre lo intelectual y lo emocional. Además, Fals también empezó a emplear la expresión "recuperación histórica" y compartía con la EP algunos criterios como la definición colectiva de los temas de investigación, el diálogo de saberes, el uso de técnicas sencillas de recolección y la devolución pedagógica de los resultados.

Un tercer aporte a la configuración de la RCH provino del campo historiográfico. La vinculación de historiadores profesionales en los equipos que promovían la RCH permitió el acercamiento a debates y corrientes coincidentes con sus preocupaciones. Por un lado, la crítica que historiadores como Pereira (1980), Gilly (1980), Florescano (1980) y Chesneaux (1983) le hacían al carácter ideológico, elitista y excluyente de la historia oficial; por el otro, la lectura de autores pertenecientes a la corriente historiográfica marxista inglesa (Rudé, Hobsbawm, Thompson y Samuel) contribuyó a comprender que las luchas sociales se constituyen desde la conciencia pero también desde las coordenadas de la experiencia, la conciencia y la cultura; que los actores populares se conforman en la luchas mismas; que no son unidades homogéneas sino

colectivos plurales, afectados por múltiples factores, tensiones y posibilidades.

Este redimensionamiento del papel de la cultura en la lucha social y política también venía siendo discutido en América Latina desde el campo de los estudios sobre comunicación y poder, y sobre culturas populares (García Canclini, 1983; Sunkel, 1985; Martín Barbero, 1986). Las obras de estos autores tuvieron gran acogida entre algunos educadores y comunicadores populares en la medida en que confirmaban lo que desde su experiencia encontraban: que los sectores populares no se constituyen solo desde el lugar que ocupan en las estructuras sociales y las relaciones políticas sino igualmente en todos los planos de su vida, y que es a través de su cultura como leen, procesan y transforman sus prácticas. De este modo, en la RCH lo cultural no es tanto un tema por investigar como una dimensión transversal al conjunto de las dinámicas sociales y políticas.

La construcción metodológica de la RCH también se benefició de los aportes de la historia oral y de los estudios sobre la memoria social. La primera venía configurándose desde los 60

como una corriente que buscaba democratizar la práctica histórica y documentar la voz y la mirada de las clases subalternas en los estudios de historia reciente. Algunos centros de EP, como THOA en Bolivia y Tarea en Perú, impulsaban el rescate de la memoria popular a través de la tradición oral y la sabiduría ancestral de los pueblos andinos; otras, como ECO y SUR en Chile, y CEDEP de Ecuador, promovían concursos de historia local.

El cruce de caminos entre la RCH y la historia oral contribuyó a profundizar en la particularidad de la oralidad y de los procesos a través de los cuales la gente elabora y transmite su memoria oral, en que priman la subjetividad y la narrativa (Centeno, 1984; Portielli, 1984). Desde el campo de la historia oral se habían afinado algunas estrategias y técnicas para acceder a las fuentes orales, tales como la entrevista, el testimonio y las historias de vida (Blondet, 1985; Ticona, 1986; Barela, 1999), que fueron incorporadas y recreadas desde la RCH. La preocupación desde las prácticas de RCH de acudir a la “memoria popular” implicó un acercamiento a los estudios sobre memoria colectiva, temática que cobró relevancia a par-

tir de los 90 dentro del contexto del fin de las dictaduras militares y los conflictos internos, desde la necesidad de comprender las memorias traumáticas del pasado reciente (Jelin, 2002; Del Pino y Yezer, 2013). En la RCH, la reflexión sobre la memoria ha sido asumida desde una perspectiva más amplia, privilegiando las memorias colectivas de las resistencias y las luchas populares.

Todos los colectivos sociales tienen un conjunto de prácticas para actualizar su experiencia histórica pretérita desde las exigencias del presente. A partir de una dialéctica de recuerdo y olvido, los pueblos construyen sus propias representaciones del pasado que les permiten darle coherencia a su devenir colectivo, a la vez que alimentan sus sentidos de pertenencia, y organizan sus saberes, creencias y prácticas. Este proceso intersubjetivo de construcción de sentido histórico y de identidad colectiva es la memoria social.

Desde representaciones y narrativas de su pasado, los sectores subalternos interactúan, impugnan y negocian con las historias que el poder pretende imponerles. Así como la his-

toria hegemónica se construye desde “fuentes autorizadas” y tiene sus mecanismos de divulgación oficiales, la memoria social se alimenta y sobrevive en las tradiciones orales, lúdicas y estéticas; en los rituales colectivos, en los recuerdos individuales, en los archivos de baúl, en el territorio, en los objetos, en las fotografías y en el propio cuerpo; se activa y actualiza en las trajines de la vida cotidianas, en coyunturas memorables y en las luchas sociales.

La comprensión de la riqueza y la plasticidad de la memoria colectiva, y los múltiples mecanismos a través de los cuales los colectivos sociales producen, transmiten y se apropian de los saberes y comprensiones sobre el pasado, también se amplió desde las propias prácticas de RCH. Desde estas también se fue comprendiendo el modo narrativo de construcción de sentido y realidad, predominantes en la oralidad, así como se fueron creando nuevos dispositivos de activación de memoria, tales como el recorrido por lugares significativos, las tertulias y los museos comunitarios.

De este modo, la RCH como propuesta de producción de conocimiento histórico, articulado a

los procesos de lucha y organización sociales, ha resultado de la confluencia de diferentes prácticas emancipadoras y corrientes disciplinarias críticas. Ello no significa que la RCH sea una simple sumatoria o combinación de las mismas; a lo largo de más de un cuarto de siglo de existencia, esta modalidad investigativa crítica ha decantado sus propios sentidos políticos y epistemológicos, así como consolidado sus campos temáticos, sus criterios y sus procesos metodológicos.

### **3. Los sentidos que animan las prácticas de RCH**

La emergencia, la persistencia y la vigencia de la RCH como enfoque y práctica en la producción de conocimiento histórico no obedecen solo a argumentos epistemológicos, como su mayor capacidad para captar la voz y la mirada de los subalternos o para comprender la vida histórica en su conjunto; asimismo y principalmente por razones políticas y pedagógicas. Como lo señala Salazar (2006: 155), “está claro que la historiografía popular no es un ejercicio de ciencia por la ciencia, o del saber por el saber. Es más bien una auto-investigación de la memoria pro-

pia y de la capacidad propia de acción histórica, pero *para* efectos auto-educativos, *para* sistematizar la memoria colectiva; *para* desarrollar el protagonismo (arma de lucha), el poder popular y, en definitiva, el proyecto social de liberación (toma del poder por el pueblo)”.

En primer lugar, a diferencia de la historiografía tradicional y cientificista que se reclaman como neutrales, la RCH reconoce explícitamente su intencionalidad política: contribuir a que los sectores subalternos de la sociedad afiancen su condición de sujetos históricos y fortalezcan su capacidad para ubicarse frente a la realidad y transformarla. La RCH hace posible tal finalidad mediante dos estrategias: primera, afianzando su conciencia histórica, entendida como la facultad de reconocer la historicidad de la vida social y el potencial que tienen como sujetos para incidir en su rumbo; segunda, contribuyendo a que los colectivos populares fortifiquen su capacidad de análisis crítico del pasado y democratizen el acceso a herramientas conceptuales y metodológicas que provienen de las teorías y las disciplinas sociales. En consecuencia, la RCH aporta a la toma de decisiones presentes, e igualmente a fundamentar pro-

yectos futuros de los colectivos y movimientos subalternos.

La RCH también contribuye a la construcción y la afirmación de las identidades de los sujetos populares. Los procesos y productos de una RCH están encaminados a enriquecer la comprensión de sus trayectorias, de los vínculos y significados de sus prácticas, y de sus proyectos de futuro; es decir, ayudar a responder a las muy humanas preguntas “de dónde venimos”, «quiénes somos» y «hacia dónde vamos». Es decir, la RCH conduce a fortalecer memorias colectivas, sentidos de pertenencia, y visiones y opciones de futuro compartidos. Como lo señala Florescano (2002), la historia es proveedora de arquetipos que influyen en la memoria y la imaginación de las generaciones posteriores, condicionando los horizontes de lo posible.

La RCH también contribuye a comprender que no hay una versión única del pasado, como pretende imponerlo el poder. Si quienes participan de procesos de RCH asumen que no existe un único sentido del desenvolvimiento histórico ni una única versión del pasado, sino que coexisten, en pugna, diferentes visiones y versiones



del pasado, entonces van a ver legítimo su interés por reconocer y producir sus propias versiones del pasado. A diferencia de ciertas posturas dogmáticas, la RCH no busca imponer una versión única de la historia sino que posibilita que afloren las diversas perspectivas de actor presentes en una experiencia social y en el ejercicio mismo de re-construcción.

La RCH ayuda a sistematizar y comunicar las experiencias de lucha de los subalternos. Aunque cada proceso histórico que se indaga es singular, ello no significa que no se pueda aprender de la experiencia de otros colectivos humanos. Por un lado, permite reconocer semejanzas y diferencias entre las experiencias propias y ajenas; por el otro, aporta al reconocimiento de tendencias y confluencias de distintos procesos sociales que tienen lugar en contextos comunes más amplios, por ejemplo, reconstruir historias de resistencia a la imposición del extractivismo minero, común en varios países del sur.

Para terminar, no sobra recalcar que el fortalecimiento de la conciencia histórica, la formación de pensamiento crítico, la afirmación de identidad y la amplitud de los horizontes de

comprensión no se logran con el mero trabajo de RCH; se posibilitan si están articulados a procesos más amplios de organización y educación popular.

## **VI. Metodología de la reconstrucción colectiva de historias populares**

Con un cuarto de siglo de existencia como práctica histórica alternativa, la RCH ha podido decantar un acumulado metodológico, expresado en criterios, procesos y técnicas que le dan coherencia a su quehacer. Sobre estos criterios, procedimientos y dispositivos que no son definitivos sino caminos en permanente y abierta elaboración nos ocuparemos en este último capítulo.

### **1. Criterios metodológicos de la RCH**

#### **La RCH, producción de conocimiento articulada a luchas sociales alternativas**

En la medida en que reconoce que la emancipación política y cultural no depende únicamente de la investigación sino que se trata de un proceso social agenciado por fuerzas que resisten y se oponen al sistema de opresión, las prácticas de RCH se realizan con organizaciones, colectivos y redes sociales que deciden realizarlas como posibilidad de fortalecimiento de sus opciones

y sus acciones. Esta articulación con prácticas sociales específicas también implica que el conocimiento generado tienda a transformar las mismas, así como a los sujetos que las agencian.

### **El presente: eje de la construcción de conocimiento sobre el pasado**

Al asumir que la "historia es una relación activa con el presente" (Chesneaux, 1983: 22), la RCH asume el presente como eje articulador de la producción de conocimiento histórico. En consecuencia, plantea que la construcción de conocimiento sobre el pasado debe contribuir a esclarecer los problemas del presente, lo cual implica que son las preguntas que nos plantean los conflictos y búsquedas presentes lo que enmarca la definición de las preguntas que orientan la indagación del pasado. "El rescate de la memoria popular tiene por objetivo contribuir en la forja de identidad de los sectores populares y en el desarrollo de su conciencia crítica. Para que esto sea posible, debe mantenerse una relación activa con el pasado, significando ello que el estudio de la historia solo tiene sentido si está vinculado a los problemas del presente" (Acuña, 1986: 49).

### **La RCH localiza su mirada sin perder la mirada de conjunto**

La RCH privilegia la mirada y la voz de los subalternos, articuladas al conjunto de la realidad social. "Ni las comunidades existen aisladas ni las luchas tiene una explicación en sí mismas ni ningún grupo social es una isla. Por esta razón, recuperar la memoria popular es ponerla en contexto, es trascender la propia experiencia, es comprender la totalidad social a la que se pertenecen en un momento dado" (Acuña, 1986: 50). Por ello, la RCH va más allá de los relatos a medida que busca comprender los hechos y los procesos que aborda, en relación a los conflictos que los atraviesan y las estructuras que los sostienen.

### **La RCH como producción colectiva de conocimiento**

Los colectivos organizados que se involucran en las investigaciones participan activamente en las decisiones del proceso; con ellos se acuerda y se define el porqué (justificación) y el para qué de la investigación (objetivos); qué se va a investigar (el problema) y cómo hacerlo (meto-

dología). Frente a la jerarquización y la verticalidad de las prácticas académicas de investigación, estas modalidades de investigación participativa promueven relaciones democráticas entre las diferentes categorías de sujetos investigadores, lo cual no significa que desaparezcan las relaciones de poder.

### La RCH promueve el “diálogo de saberes”

La construcción colectiva de conocimiento histórico reconoce que la pluralidad de dimensiones y sentidos que configuran los procesos sociales no puede ser llevada a cabo desde una sola racionalidad. Por ello, en la RCH confluyen —no sin tensiones— varias formas de pensar, interpretar y narrar la realidad. Partiendo de los saberes, lenguajes y formas de comprensión propias de los actores sociales participantes, la RCH involucra perspectivas y lenguajes provenientes de la disciplina histórica, de las teorías sociales, del arte y las sabidurías ancestrales, que posibilitan la ampliación de la mirada del colectivo.

### La RCH como conocimiento práctico y transformador

—La RCH, al igual que otras modalidades participativas y críticas de construcción de conocimiento buscan afectar —y en efecto lo hacen— las propias prácticas estudiadas: desde la organización de archivos, pasando por la generación de cambios en los procesos, los procedimientos y las relaciones dentro de las organizaciones, hasta cambios profundos en los modos de entenderlas y la introducción de transformaciones en la dinámica de los movimientos.

### La RCH como práctica reflexiva y flexible

Al reconocer la ineludible presencia de lo subjetivo en todo proceso de construcción de conocimiento que hace imposible la ‘objetividad’, las investigaciones acogen el principio de *reflexividad*, que implica someter a escrutinio crítico cada una de las estrategias, decisiones y operaciones metodológicas, así como la construcción y la explicitación de criterios que las orientan. Frente a la rigidez de la investigación histórica canónica, desde la perspectiva de la RCH, la metodología es una construcción que debe

ser asumida de manera crítica y creativa. Ello ha posibilitado que en nuestras investigaciones haya una preocupación permanente por adecuar e innovar las estrategias y los procedimientos empleados, en función de la singularidad de los sentidos, los sujetos y las preguntas que definen cada proyecto.

## **2. Proceso de una recuperación colectiva de la historia**

A partir de una reconstrucción de los procesos llevados a cabo en nuestra experiencia, acompañando o llevando a cabo RCH, podemos identificar momentos (no lineales) y decisiones metodológicas que son frecuentes en nuestros itinerarios de investigación.

### **A. Fase preparatoria**

#### **El punto de partida de la RCH**

Una RCH solo es posible y viable si hay un interés compartido entre un colectivo popular y los investigadores por re-construir una experiencia o un proceso histórico significativos. La iniciativa puede provenir de unos u otros —

hasta de un agente externo (por ejemplo, una convocatoria o concurso)—, pero la decisión debe ser tomada por los actores de base.

#### **Definición colectiva de las razones que justifican por qué y para qué realizar la RCH**

En los procesos comunitarios y organizativos, todo lo que se hace debe tener un claro sentido político y formativo. Generalmente, a partir de reuniones, se llega a un acuerdo sobre la necesidad, la pertinencia y la relevancia de iniciar la RCH. También se define la viabilidad o inviabilidad de hacerlo, pues las organizaciones y los movimientos están sujetos a múltiples contingencias y desafíos que pueden llevar a no ver oportuna la realización de la investigación en un momento determinado.

#### **Definición de las preguntas de la investigación**

Establecidos estos acuerdos, se procede a definir los interrogantes que orientarán la búsqueda. A diferencia de las investigaciones convencionales en las que aquellos provienen de

los marcos teóricos de los investigadores, en la RCH la decisión es política: surge del reconocimiento de asuntos 'vitales' que se plantea la organización en el momento. Es la lectura crítica del presente lo que posibilita la elaboración de las preguntas sobre el pasado.

A partir de ese cuestionamiento desde el presente de la organización o colectivo, se definen las preguntas centrales (o la pregunta central) que guiarán la reconstrucción del proceso histórico definido. Luego se elaboran preguntas específicas que desglosan las generales y orientan la reconstrucción de aspectos concretos del problema y el balance interpretativo de los hallazgos.

### **Formación del equipo responsable de la recuperación histórica**

Con las personas interesadas de la organización se forma un equipo de trabajo responsable de la RCH. El criterio de participación no significa que "toda la comunidad" se involucre en la indagación ni que todos se involucren en todo sino que las decisiones se tomen colectivamente. Las responsabilidades operativas (recolección de la información, en su análisis e

interpretación, y en la escritura de resultados) son asumidas por grupos específicos.

Transformar este equipo en sujeto colectivo de la RCH implica la realización de acciones formativas. Se recomienda un taller inicial en el cual los participantes se hagan una idea inicial del enfoque metodológico, una visión global del proceso, y una familiarización con la consulta de fuentes y técnicas de activación de memoria. A lo largo del proceso, a través de las reuniones periódicas y la realización de talleres, se va garantizando que el colectivo responsable se apropie de las herramientas conceptuales y metodológicas que sean necesarias para el desarrollo de la RCH.

Antes de iniciar el trabajo práctico de la investigación se elabora un *proyecto* en que se escriben los acuerdos en cuanto a la justificación, las preguntas, los objetivos, las fuentes, las estrategias y actividades, los tiempos, las responsabilidades y los recursos. Este documento debe ser dado a conocer entre los demás integrantes de la organización, y en algunas ocasiones facilita la consecución de recursos para su desarrollo.

b. Fase de reconstrucción de los procesos o experiencias objeto de estudio

### Establecimiento de fuentes

En la RCH, al igual que ocurre con otras prácticas historiográficas, son muy importantes las fuentes, entendidas como las huellas que deja el pasado en el presente y a través de las cuales se pretende reconstruir los hechos o procesos, de tal modo que se pueda responder a los preguntas planteadas. Podemos clasificar estos 'testigos' o rastros del pasado de la siguiente manera:

#### Fuentes escritas

- Bibliográficas (o secundarias): libros, revistas en que podemos documentar el contexto histórico y temático en el que se ubica la problemática.
- Producidas por las organizaciones y movimientos (actas, comunicados, agendas y diarios personales, correspondencia, archivos personales y de las organizaciones).
- Producidas por autoridades e instituciones (normativas, políticas, informes, evaluaciones, estadísticas, inspecciones, etcétera).

- Producidas por otros investigadores o escritores (informes de investigación, libros, tesis, artículos, novelas, crónicas...).
- Periódicas (prensa, revistas, magazines, murales).

#### Fuentes orales

- Protagonistas directos de los hechos.
- Personas que han recibido información de los hechos por transmisión oral.

#### Fuentes visuales

- Pinturas, dibujos, gráficos, afiches.
- Fotografías, filmaciones y videos.
- Cartografía (mapas, planos).

#### Fuentes sonoras

- Música.
- Grabaciones de eventos.

#### Fuentes materiales

- El paisaje físico y humano (campos de cultivo, haciendas, barrio, sedes).
- Instrumentos de trabajo, herramientas.

De acuerdo a las preguntas acordadas se van definiendo las fuentes correspondientes. Así como un interrogante pueden requerir el acceso a varias fuentes, una misma fuente puede responder a diferentes preguntas. Por ejemplo, la entrevista a un protagonista puede aportar información para diferentes aspectos de la RCH.

### **Consulta de las fuentes desde diferentes técnicas y dispositivos de activación de memoria**

Establecidas las fuentes, es necesario definir qué estrategias y técnicas se van a usar para producir los datos y relatos sobre el hecho por investigar. Hay que hacer hablar a las fuentes, y para ello se cuenta con técnicas convencionales y con los dispositivos de activación que desde la RCH se vienen creando.

En el primer caso, en primer lugar, tenemos las *entrevistas individuales y colectivas*, que no son otra cosa que conversaciones orientadas por las preguntas de la investigación. En las RCH se privilegian las entrevistas no estructuradas, en las que pueda fluir el recuerdo de las personas o colectivos con cierta espontaneidad. Las pre-

guntas del entrevistador sirven solamente para acotar o delimitar el campo de la conversación. Otras técnicas convencionales son los *testimonios* y las *historias de vida*. Los primeros son relatos de testigos privilegiados de los hechos que se producen, y se obtienen mediante entrevistas en profundidad, complementadas con información proveniente de sus diarios y otros escritos producidos por los testigos. Las historias de vida son relatos que recogen la trayectoria vital de personajes significativos de un proceso, que también se construyen combinando entrevistas a los mismos con información proveniente de otras fuentes (entrevistas a personas que lo conocieron, documentos de archivo, correspondencia, fotografías, etcétera).

Los *dispositivos de activación de memoria* son un conjunto de estrategias no convencionales que parten de reconocer que la memoria social se encuentra no sólo en los recuerdos de sus miembros sino también en las huellas que el pasado deja en la estructura física del barrio (sus calles, lugares, casas), en los muebles, objetos y pertenencias de la gente (utensilios, juguetes, ropa), en las fotografías y otros registros visuales, y en algunas prácticas sociales



que permanecen en el presente (fiestas, tradiciones orales, juegos).

Como una RCH busca reconstruir hechos del pasado y fortalecer identidades populares y vínculos sociales, los dispositivos apuntan hacia las tres intenciones, incorporando prácticas y formatos que tiene la gente para conversar sobre el pasado. Algunos dispositivos activadores de memoria que hemos empleado son: el camino recorrido, los museos comunitarios, los paseos del recuerdo, las audiciones de música del ayer, las tertulias, las serenatas y las jornadas de la memoria. El *camino de la experiencia* es la representación gráfica de un sendero, y los hitos más significativos y que representen ascensos, descensos, crisis y repuntes de la historia del proceso que se busca reconstruir. Este dibujo, además de ayudar a lograr una visión de conjunto del proceso, también sirve para elaborar periodizaciones, muy útiles en la fase de análisis de la información.

Otro dispositivo muy valioso son los *museos comunitarios* o *museos del ayer*, basados en el hecho cotidiano de guardar fotografías, papeles y objetos personales o familiares para mante-

ner el recuerdo de personas y momentos significativos. Como técnica, consiste en solicitar, reunir y organizar a manera de una exposición itinerante, objetos, documentos, fotografías y otros materiales que den cuenta de la historia que estamos construyendo. Cada pieza se acompaña de un pequeño texto con el testimonio de quien la llevó, y en el mejor de los casos se organizan jornadas de memoria en las cuales, además de las piezas materiales y visuales, estén presentes las personas que estén en capacidad de contar sus usos y significados, generando enriquecedoras conversaciones con los visitantes.

El *paseo del recuerdo* parte de la idea de que los recuerdos colectivos se anclan muchas veces en lugares; por ejemplo, en la historia de un barrio, algunas calles, casas y espacios comunitarios fueron escenario de hechos memorables. Como técnica, consiste en el recorrido a lo largo de una ruta que atraviesa sitios reveladores, relacionados con el tema que buscamos reconstruir; en cada lugar, los conocedores del hecho histórico narran ante los viajeros, relatando lo que saben de él, y se establece un diálogo fecundo acerca de su significado colectivo. Los objetos

se pueden organizar según lo que se considere más pertinente en torno a períodos o temas.

Las *tertulias* no son otra cosa que la organización de una actividad propia de los grupos sociales cuando estos quieren conversar sobre algo que les parece importante. En este caso, hay que reconocer previamente qué forma asumen en cada caso y cuál es el momento más adecuado para hacerlo; así, por ejemplo, mientras en México es común encontrarse para desayunar y 'platicar', en Colombia son muy importantes las *onces* o chocolatadas al finalizar la tarde, y entre jóvenes una fogata puede ser la ocasión propicia para hablar.

La música también es una fuente provocadora de recuerdo, más aún cuando en las comunidades campesinas y populares el cantar o escuchar canciones en grupo es una práctica frecuente. Por ello es que las *serenatas* y las *audiciones colectivas de música*, utilizadas como dispositivos de activación de memoria, ofrecen grandes resultados cuando se trata de la RCH de temas en los que participan diferentes generaciones. A partir de una exploración previa, se consigue un grupo musical que pueda inter-

pretar canciones de diferentes épocas o se les pide a los invitados que lleven un disco, casete o CD con música representativa de la época o momento en que participó del proceso. Ya en el encuentro —que puede asumir la forma de unas *onces* o una fiesta—, se va escuchando la música, y generando conversaciones sobre los contextos y las situaciones que evoca.

En la RCH también podemos utilizar estrategias pedagógicas como *talleres de memoria* o *jornadas de memoria*, que, al concentrar en un mismo espacio y un mismo tiempo a varias personas, posibilitan el uso combinado de técnicas y dispositivos de activación de memoria. En estos casos se puede también acudir a técnicas expresivas, sean dramáticas (por ejemplo un sociodrama en torno a un acontecimiento) o plásticas (realización de dibujos, collages o maquetas).

No sobra afirmar que en cada proyecto de RCH estas técnicas y dispositivos pueden reinventarse y combinarse. En todos los casos, cada técnica o dispositivo que se vaya a emplear en una RCH debe ser preparado previamente, teniendo en cuenta las preguntas y los objetivos,

las personas a quienes se convoca, y los tiempos y recursos disponibles. También hay que elaborar los instrumentos de recolección de la información (grabadoras, filmadoras, cuadernos de notas, guías de observación) y distribuir responsabilidades. Además, se requiere que sean personas diferentes quienes animen y quienes registren la información.

### **Registro y análisis permanente de las narraciones e informaciones**

Durante la aplicación de las técnicas y los dispositivos para producir las narraciones y los datos desde los cuales se reconstruirán los acontecimientos y procesos históricos se debe hacer un registro juicioso, usando los instrumentos respectivos. Se recomienda unificar el tipo de fichas o planillones que recojan los relatos y los datos, así como las anotaciones (comentarios, interpretaciones) que se les puedan ocurrir a los investigadores.

Una vez recogido y transcrito un acopio significativo de relatos y de información, se debe proceder a su análisis. Ello se hace a través de diferentes procesos, como su organización por

períodos y temas, la elaboración de matrices o cuadros de doble entrada y que crucen la información, y de esquemas a manera de mapas conceptuales que vayan resumiendo y organizando los hallazgos (Torres, 1997, y Mendoza y Torres, 2013).

### **Interpretación parcial de los hallazgos**

Una vez analizada la información, se procede a interpretarla. Es decir, a generar una lectura más comprensiva y explicativa del proceso reconstruido, que supere el mero relato o la descripción del mismo, y les aporte a los colectivos y las organizaciones populares, claves para tomar decisiones ante los factores que justificaron la realización de la RCH.

*“La memoria social directa (o sea, la basada en testimonios individuales o grupales) no da cuenta, ni completa ni rigurosamente, de la escala mayor de magnitud del movimiento popular [...] El problema cognitivo mayor por resolver en el mundo popular es la diversidad de lo particular, el estado de dispersión de la experiencia social, y el relativo desconocimiento de todos sobre los parámetros macroscópicos*

de su mundo y su propio movimiento" (Salazar 2006: 159-160).

Por ello, la interpretación se debe hacer colectivamente y desde las categorías o temáticas definidas desde el comienzo o las que emergen a lo largo de la reconstrucción histórica. En primer lugar, el colectivo puede interpretar los hallazgos a partir del reconocimiento de factores del contexto, del dinamismo interno del proceso y del papel de los sujetos; en segundo lugar, se puede acudir a lecturas y conceptualizaciones que, provenientes de otros contextos, "den luz" en la comprensión de los procesos; para ello son necesarias reuniones y sesiones de estudio, y de discusión y escritura de las interpretaciones.

### **Síntesis y socialización de resultados**

Una vez elaborados el análisis y la interpretación global del proceso reconstruido, se debe redactar un texto que sintetice los hallazgos y las conclusiones. El documento se convierte así en un referente importante para la organización, pero por sí mismo no resuelve el problema de cómo comunicarle los resultados al conjunto de la organización, población o movimiento intere-

sados en el mismo. Ello se logra mediante eventos de socialización, con la producción de piezas comunicativas y publicaciones. Para ello hay que tener en cuenta los lenguajes, así como las formas culturales y comunicacionales propias de los diversos sectores de población a quienes se dirijan, así como las estrategias de escrituras más adecuadas (crónica, relato, ensayo). El medio más común de divulgación de resultados de RCH han sido las cartillas y los libros, pero también fotonovelas, programas de radio, piezas de video y obras de teatro; en algunos casos se han producido textos de mayor profundidad para la formación y las discusiones con otros grupos interesados en proyectos similares.

### Bibliografía citada y para seguir leyendo

- Acuña, Víctor, "Cuestiones de memoria popular e historia social". En: V. A. *Memoria y cultura popular costarricense*, San José, Centro Nacional de Acción Pastoral, 1986.
- Adamovsky, Ezequiel, *Historia de las clases populares en la Argentina*. Buenos Aires, Sudamericana, 2012.
- Aguilera, Mario, *Los comuneros: guerra social y lucha anticolonial*. Bogotá, UN, 1985.
- \_\_\_\_\_, *Insurgencia urbana en Bogotá*. Bogotá, Colecultura, 1997.
- Aguilera, Mario y Renán Vega, *Ideal democrático y revuelta popular*. Bogotá, Ismac, 1991.
- Aguirre, Carlos Antonio, *Antimanual del mal historiador*. Bogotá, Desde abajo, 2002.
- \_\_\_\_\_, *Microhistoria italiana: modo de empleo*. Caracas, Centro Nacional de Historia, 2009.
- Archila, Mauricio, *Cultura e identidad obrera en Colombia 1910-1945*. Bogotá, Cinep, 1991.
- \_\_\_\_\_, "Historiografía sobre los movimientos sociales en Colombia". En: *La historia al fin del milenio*. Bogotá, UN, 1994.

- Ariès, Philippe, *Historia de la muerte en Occidente: de la Edad Media hasta nuestros días*, Barcelona: Acantilado, 1984.
- \_\_\_\_\_, *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus, 1987.
- Bagú, Sergio, *Economía de la sociedad colonial*. Buenos Aires, Losada, 1949.
- Barela, Liliana y otros. *Algunos apuntes sobre historia oral y cómo abordarla*. Buenos Aires, Patrimonio e instituto histórico, 1999.
- Benjamin, Walter "Sobre el concepto de historia". En: *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*. Traducción, introducción y notas, Pablo Oyarzún. Santiago, Aracis-Lom, 1995.
- Blondet, Cecilia, "Memoria colectiva y resistencia popular". En: *Aportes* N° 22, Bogotá, Dimensión Educativa, 1985.
- Burke, Peter, *La revolución historiográfica francesa*. Barcelona, Gedisa, 1996.
- \_\_\_\_\_, *Formas de hacer historia*. Madrid, Alianza, 2003.
- \_\_\_\_\_, *¿Qué es la historia cultural?* Barcelona, Paidós, 2006.
- Bustos, Guillermo, "Enfoque subalterno e historia latinoamericana: nación, subalternidad y escritura de la historia en el debate

- Mallon-Beverley". En: *Fronteras de la historia* N° 7. Bogotá, Icanh, 2002.
- Casanova, Julián, *La historia social y los historiadores*, Barcelona, Grijalbo, 1991
- Castro, Felipe y otros, *Organización y liderazgo en los movimientos populares novohispanos*. México, Unam, 1992.
- Cendales Lola, Mario Peresson y Alfonso Torres, *Los otros también cuentan. Elementos para una recuperación colectiva de la historia*. Bogotá, Dimensión Educativa, 1992.
- Cendales, Lola y Torres Alfonso, "Recordar es vivir". En: *Aportes* N° 52. Bogotá, Dimensión Educativa, 2000.
- Colectivo de Dimensión Educativa, *Aportes* N° 30: Materiales para una historia popular. Bogotá, 1991.
- Cuevas, Pilar, "La re-construcción colectiva de la historia: una contribución al pensamiento crítico latinoamericano". En: Walsh, Catherine, editora. *Pensamiento crítico y matriz (de)colonial*. Quito, Uasb-Abya Yala, 2006.
- \_\_\_\_\_, Chacravarti, Dipesh, "Historias de las minorías, pasados subalternos". En: *Historia y grafía* N° 12. México D.F, UIA, 1999.
- Chartier, Roger, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid, Alianza, 1993.

- \_\_\_\_\_, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Buenos Aires, Gedisa, 1996.
- Chesneaux, Jean, *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y los historiadores*. México, Siglo XXI, 1983.
- Chungara, Domitila, *Si me permiten hablar...*, testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia. México, Siglo XXI, 1978.
- De Certeau Michel, *La escritura de la historia*. México, Universidad Iberoamericana, 1993.
- \_\_\_\_\_, *La invención de lo cotidiano*. México, Universidad Iberoamericana Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1999.
- \_\_\_\_\_, *La fábula mística. Siglos XVI-XVII*, México, Universidad Iberoamericana. Madrid, Siruela, 2004.
- De Coll, *La resistencia indígena ante la conquista*. México, Siglo XXI, 1984.
- Del Pino, Ponciano y Caroline Yezer, *Las formas del recuerdo. Etnografías de la violencia política en el Perú*. Lima, IEP, 2013.
- Delumeau, Jean, *El miedo en Occidente*. Madrid, Taurus, 1989.
- Duby, George, *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Madrid, Taurus, 1980.

- \_\_\_\_\_, *El amor en la Edad Media*. Madrid, Alianza, 2000.
- Escalante, Aquiles, *El negro en Colombia*. Bogotá, UN, 1964.
- Escobar, Carmen, *La Revolución Liberal y la protesta del artesanado*. Bogotá: Fundación Universitaria Autónoma de Colombia, 1990.
- Fals Borda, Orlando, *Por la praxis: el problema de cómo investigar la realidad para transformarla*. Bogotá, Tercer Mundo, 1984.
- \_\_\_\_\_, *Conocimiento y poder popular*. México, Siglo XXI, 1985.
- Flores Galindo, Alberto, *Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes*. La Habana, Casa de las Américas, 1986.
- Florescano Enrique, "De la memoria del poder a la historia como explicación". En: Pereira, Carlos y otros. *Historia. ¿Para qué?*, México, Siglo XXI, 1980.
- \_\_\_\_\_, *La historia y el historiador*. México, FCE-Fondo 2000, 1997.
- \_\_\_\_\_, Fontana, Josep, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona, Crítica Grijalbo, 1980.
- \_\_\_\_\_, *La historia después del fin de la historia*. Barcelona, Crítica, 1992.

- \_\_\_\_\_, *La historia de los hombres: el siglo XX*. Barcelona, Crítica, 2002.
- Fukuyama, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*. Madrid, Planeta, 1992.
- Gaitán, Gloria, *La lucha por la tierra en la década del 30*. Bogotá, El Áncora, 1984.
- García Canclini, Néstor, *Las culturas populares en el capitalismo*. La Habana, Casa de las Américas, 1983.
- Gallino, Luciano y otros, *Gramsci y las ciencias sociales*. Barcelona, Cuadernos de Pasado y Presente, 1974.
- Ginzburg, Carlo, "Nuestras palabras y las suyas. Reflexiones sobre el oficio del historiador, hoy". En: *Contrahistorias* N° 19, México, 2002.
- Hobsbawm, Eric, *De la historia social a la historia de la sociedad*. Essays in social history, Oxford University Press, 1974.
- \_\_\_\_\_, *Rebeldes primitivos*, 1968.
- \_\_\_\_\_, *Revolucionarios*, 1973.
- \_\_\_\_\_, *Trabajadores*, 1980.
- \_\_\_\_\_, *El mundo del trabajo*, 1984.
- \_\_\_\_\_, *Sobre la historia*. Barcelona, Crítica Grijalbo, 1998.
- Jaldun, Ibn, *Al-Muqaddimah (Introducción a la historia universal)*. México, FCE, 1997.

- Jelin, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.
- Kocka, Jürgen, *Historia social y conciencia histórica*. Madrid, Marcial Pons, 2002.
- Gilhodes, Pierre, *Las luchas agrarias en Colombia*. Bogotá, El Tigre de Papel, 1978.
- Ginzburg, Carlo, *El queso y los gusanos*. Madrid, Ariel, 1976.
- Gnecco, Carlos y Martha Zambrano, *Memorias hegemónicas, memorias disidentes*. Bogotá, Icanh, 2000.
- González, Luis, *El oficio de historiador*. Zamora, El Colegio de Michoacán, 1988.
- Hobsbawm, Eric, "Notas para el estudio de las clases subalternas". En: *Marxismo e historia social*. Puebla, Buap, 1983.
- Kocka, Jürgen, *Historia social y conciencia histórica* (Presentación de Jesús Millán). Barcelona, Marcial Pons, 2002.
- Le Goff, Jacques, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, 1986.
- Leví, Giovanny, "Sobre microhistoria". En: Burke, Peter, *Formas de hacer historia*. Madrid, Alianza, 2003.
- Lewin, Boleslao, *La insurrección de Túpac Amaru*. Buenos Aires, Udeba, 1963.



- Löwy, Michael, *El marxismo en América Latina. Antología desde 1909 hasta nuestros días*. Santiago, LOM Ediciones, 2007.
- Liotard, Jean-Françoise, *La condición posmoderna*. Madrid, Cátedra, 1979.
- Mariátegui, José Carlos, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima, Biblioteca Amauta, 1980.
- Martín-Barbero, Jesús, *De los medios a las mediaciones*. México, Gustavo Gilly Editores, 1986.
- Marx, Carlos, *Sociología y filosofía social*. Barcelona, Península, 1968.
- Menchú, Rigoberta, *Me llamo Rigoberta y así me nació la conciencia*. La Habana, Casa de las Américas, 1982.
- Mendoza, Constanza y Alfonso Torres, "La sistematización de experiencias en educación popular". En: V. A. *Entretejidos de la educación popular en Colombia*. Bogotá Ceeal-Desde Abajo, 2013.
- Mires, Fernando, *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina*. México, Siglo XXI, 1988.
- Navarrete, María Cristina, *Cimarrones y palenques en el siglo XVIII*. Cali, Universidad del Valle, 2003.

- Nora, Pierre, *Les Lieux de mémoire* (3 volúmenes): *La République* (1. vol., 1984), *2. La Nation* (3 vol., 1987), *3. Les France* (3 vol., 1992), Paris, Gallimard (Bibliothèque illustrée des Histoires), 1984, 1987 y 1992.
- Núñez, Ángela, *El obrero ilustrado. Prensa obrera y popular en Colombia. 1909-1929*. Bogotá, Uniandes, 2006.
- \_\_\_\_\_ y otros, *Petróleo y protesta obrera. La USO y los trabajadores petroleros en Colombia*, 2 vols. Bogotá: Corporación Aury Sará Marrugo, 2009.
- Ortega, Teresa María, editora, *Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos tiempos*. Granada, Universidad de Granada, 2007.
- Pereyra, Carlos, *El sujeto de la historia*. Madrid, Alianza, 1984.
- Pereyra, Carlos y otros, *Historia. ¿Para qué?* México, Siglo XXI, 1980.
- Portielli, Alessandro, "Las peculiaridades de la historia oral". En: *Tarea*. Revista de la cultura N° 11, Lima, 1984.
- Rappaport, Joanne, *La política de la memoria. Interpretación indígena de la historia de los Andes colombianos*. Popayán, Universidad del Cauca, 2000.

- Ricoeur, Paul, *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid, Trotta, 2003.
- Rivera, Silvia y Zulema Lehm, *Los artesanos libertarios*. La Paz, Thoa, 1988.
- Rivera, Silvia y Rossana Barragán (compiladoras), *Debates poscoloniales: una introducción a los estudios de subalternidad*. Coordinadora de Historia-Sephis-Thoa. La Paz Bolivia, 1997.
- Rudé, George, *La Europa revolucionaria*. Siglo XXI, Ariel, 1974.
- \_\_\_\_\_, *La multitud en la historia*. Madrid, Siglo XXI, 1978.
- \_\_\_\_\_, *La revolución francesa*. Buenos Aires, Vergara, 1989.
- \_\_\_\_\_, *Revolución popular y conciencia de clase*. Barcelona Crítica, Grijalbo, 1981.
- Salazar, Gabriel, *Labradores, peones y proletarios: formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*. Santiago: Ediciones Sur, 1986.
- \_\_\_\_\_, "La historia como ciencia popular". En: *Revista Austral de Ciencias Sociales* N° 11, Santiago de Chile, 2006.
- Samuel, Raphael, *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona, Crítica Grijalbo, 1984.

- Sánchez, Gonzalo, *Ensayos de historia social y política del siglo XX*. Bogotá, El Áncora, 1985.
- Scott, James., *Los dominados y el arte de la resistencia*. México, Era, 2000.
- Sharpe Jim, "Historia desde abajo". En: *Formas de hacer historia*. Madrid, Alianza, 1994.
- Spivak, Gayatri, "¿Puede hablar el subalterno?". En: *Revista Colombiana de antropología* N° 39. Bogotá, Icanh, 2003.
- Sunkel, Guillermo, *Razón y pasión en la prensa popular*. Santiago, Ilet, 1984.
- Thullier Guy y Jean Tular, *Cómo preparar un trabajo de historia*. Barcelona, Oikos, 1989.
- Thompson Edward, *Tradición, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona, Crítica, 1979.
- \_\_\_\_\_, *Miseria de la teoría*. Barcelona, Grijalbo, 1981.
- \_\_\_\_\_, *Costumbres en común*. Barcelona, Crítica, 1995.
- \_\_\_\_\_, *Agenda para una historia radical*. Barcelona, Crítica, 2000.
- Ticona, Esteban, "Algunas experiencias metodológicas en historia oral". En: *Aportes* N° 30, Bogotá, Dimensión Educativa, 1986.
- Torres, Alfonso, *Iniciación a la investigación histórica*. Bogotá, Usta, 1993.

- \_\_\_\_\_, *La ciudad en la sombra*. Bogotá, Cinep, 1993a.
- \_\_\_\_\_, "Recuperando la historia desde abajo. Enfoque y cuestiones metodológicas". En: *Cuadernos de Filosofía latinoamericana* N° 60. Bogotá, Usta, 1994.
- \_\_\_\_\_, *Estrategias y técnicas cualitativas de investigación social*. Bogotá, Unad, 1997.
- \_\_\_\_\_, *La educación popular. Trayectoria y actualidad*. Bogotá, El Búho, 2007.
- Torres Giraldo, Ignacio, *Los inconformes* (5 vol.). Bogotá, Margen Izquierdo, 1973.
- Torres-Cuevas, Eduardo, coordinador, *La historia y el oficio del historiador*. La Habana, Imagen Contemporánea, 2012.
- Tovar, Hermes (s.f.). *El movimiento campesino en Colombia*. Bogotá, Ediciones Libres.
- \_\_\_\_\_, *De la chipa se forma una hoguera: esclavitud, insubordinación y liberación*. Tunja, Uptc, 1992.
- Tuñón de Lara, Manuel, *¿Por qué la historia?* Navarra, Salvat, 1984.
- Valcárcel, Carlos Daniel, *Rebeliones coloniales sudamericanas*. México, Tierra Firme, 1982.
- Valencia, Alonso, *Resistencia indígena a la colonización española*. Cali, Universidad del Valle, 1991.

- Vargas Martínez, Gustavo, *Colombia 1854: Melo, los artesanos y socialismo*. Bogotá, Oveja Negra, 1972.
- Vega, Imelda, "Verosímil popular y verdad histórica". En: *Tarea*. Revista de la cultura N° 11, Lima, 1984.
- Vega, Renán, *Gente muy rebelde* (4 volúmenes). Bogotá, Pensamiento crítico, 2002.
- Veyne, Paul, *Cómo se escribe la historia*. Madrid, Alianza, 1971.
- Vilar, Pierre, *Iniciación al vocabulario histórico*. Barcelona, Crítica Grijalbo, 1980.
- \_\_\_\_\_, *Pensar históricamente*. Barcelona, Crítica Grijalbo, 1997.
- \_\_\_\_\_, *Historia en construcción*. Tunja, Uptc, 2003
- Vitale, Luis, *Interpretación marxista de la historia de Chile* (2 vol.). Santiago, LOM, 2012.
- Vovelle, Michel, *Ideología y mentalidades*. Madrid, Ariel, 1982.
- Wallerstein, Immanuel (coordinador), *Abrir las ciencias sociales. Siglo XXI-Unam*. México D.F., 1996.
- White, Hayden, *El contenido de la forma*. Buenos Aires, Paidós, 1974.
- Zermeño, Guillermo, "Condición de subalternidad, condición posmoderna y saber histó-

rico: ¿Hacia una nueva forma de escritura de la historia?". En: *Historia y grafía* N° 12. México, UIA, 1999.

Para la diagramación se utilizaron los caracteres  
Century Schoolbook y Gill sans  
Mayo de 2014.

El conocimiento es un bien de la humanidad.  
Todos los seres humanos deben acceder al saber.  
Cultivarlo es responsabilidad de todos.

En un cambio de época, como el que hoy vivimos, los movimientos y actores sociales deben estar atentos a las transformaciones cognitivas, culturales, y de todo orden en marcha, aprehenderlas en su vasta complejidad y desde su comprensión renovar sus discursos y propuestas. La colección *Primeros Pasos*, al publicar reflexiones de punta, pretende actuar como acicate para que esta acción social-reflexiva sea una realidad.

Este libro contribuye a comprender la historia académica como disciplina científica y memoria del poder; presenta la emergencia y el devenir de diferentes concepciones y prácticas históricas reivindicadas como críticas y alternativas al modo de producción de conocimiento hegemónico, y centra su atención en algunas propuestas formuladas "desde el revés de la historia" comprometidas con las luchas y aspiraciones de los oprimidos, colonizados y "condenados de la tierra". Finalmente, presenta los presupuestos políticos, epistemológicos y metodológicos de la reconstrucción colectiva de la historia, propuesta gestada en América Latina para fortalecer el saber histórico, la memoria, la identidad, y el poder de las organizaciones y los movimientos populares.

Alfonso Torres Carrillo. Educador popular colombiano. Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional. Magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia y Doctor en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México. Investigador y profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional desde 1985.

Ediciones

**desde abajo**



ISBN 978-958 8434 91 5



9 789588 449111

EN PRIMEROS PASOS



## hacer historia desde abajo y desde el Sur

Alfonso Torres Carrillo



Ediciones  
**desde abajo**